

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN PORTUGAL

NAHUEL MORENO

Escrito: 1975

Conteúdo

I.- LA REVOLUCIÓN PORTUGUESA Y LA RUSA	6
1. Una comparación feliz	6
2. Un olvido peligroso: la pequeña burguesía y sus partidos	7
3. Las Etapas de las revoluciones rusa y portuguesa	9
4. La revolución portuguesa y la española de los años 30	10
II.- UNA REVOLUCIÓN COLONIAL QUE SE TRANSFORMA EN REVOLUCIÓN SOCIALISTA METROPOLITANA	12
1. Los pronósticos de la III Internacional	12
2. Un imperio capitalista en decadencia	13
3. La revolución colonial conmueve al imperio	14
4. La crisis en el ejército: MFA y ‘putsch’	15
5. Un ‘putsch’ que se transforma en una revolución obrera	16
III. LAS MASAS DERROTAN A LA CONTRARREVOLUCIÓN SPÍNOLISTA	19
1.- El gobierno de “unidad nacional”	19
2.- Crisis del gobierno Spínola: el MFA coparticipa del poder y se impone la Asamblea Constituyente	20
3. Las masas liquidan al gobierno de Spínola	21
4.- El gobierno MFA-PC-PS frena a las masas	22
5. Comienza un nuevo ascenso del movimiento obrero y de masas	23
6. La contrarrevolución spinolista	24
IV EL ‘PUTSCH’ DEL 11 DE MARZO ABRE UNA ETAPA REVOLUCIONARIA	26
1.- Cuatro nuevos hechos decisivos	26
2. El Programa de Transición define esta situación	27
3. Una situación revolucionaria	28
4. El rol orgánicamente contrarrevolucionario del MFA-PC-PS cierra toda posibilidad de que Portugal sea China o Cuba	30

V. EL GOBIERNO DEL MFA	32
1. Bonapartismo clásico: una definición poco feliz	32
2. Más confusiones: ¿bonapartismo “sui generis”?	33
VI. UN GOBIERNO KERENSKISTA CLÁSICO	38
1. Los distintos tipos de gobiernos imperialistas	38
2. Democracia burguesa y fascismo	39
3. El bonapartismo imperialista	39
4. El kerenskismo	40
5. Kerenskismo y bonapartismo	42
6. Gobierno de “izquierda”, de colaboración de clases, de frente popular o kerenskista son lo mismo	43
7. Un gobierno kerenskista clásico	44
VII. EL MOVIMIENTO DE LAS FUERZAS ARMADAS	47
1. Kerenskismo institucionalizado	47
2. Carácter político y de clase	48
3. Dos interpretaciones peligrosas sobre el MFA y la crisis de las fuerzas armadas	50
VIII. LAS CRISIS DEL RÉGIMEN Y EL PROYECTO BONAPARTISTA DEL MFA	54
1. Un régimen en crisis permanente	54
2. Spínola versus el bloque MFA-PC-PS	55
3.- El ascenso revolucionario vuelca al MPA a una política e ideología contrarrevolucionarias	57
4. El MFA-PC: nuevo frente contrarrevolucionario provocado por el ascenso	59
5. El Partido Comunista: agente del Kremlin y el MFA	61
6. El Partido Socialista y su alianza con el PPD y Costa Gomes	63
IX. EL MFA-PC CONTRAATAACA AL MOVIMIENTO DE MASAS Y A LA REVOLUCIÓN COLONIAL	65
1. Las debilidades del ascenso revolucionario facilitan las maniobras contrarrevolucionarias del MFA	65
2. El ataque al movimiento obrero y a los gérmenes del poder dual. La batalla de la producción	66

3. El ataque a las conquistas democráticas	69
X. POR UNA POLÍTICA LENINISTA-TROTSKISTA CONSECUENTE	71
1. El reformismo del PS y la demagogia de las asambleas populares no deben ocultarnos que el MFA-PC es el principal enemigo	71
2. Ni programa mínimo democrático, ni programa máximo de poder y democracia obrera exclusivamente. Por un programa de transición para que tomen el poder las comisiones obreras y los comités de soldados.	73
3. Los ejemplos de España y Francia	76
4. Por un programa de transición que lleve a la revolución de las comisiones obreras y los comités de soldados contra el gobierno del MFA-PC-PS	79
5. ¡No al frente único con el PC y los otros partidos reformistas! ¡Sí al trabajo en la Intersindical y fundamentalmente en los Comités de Obreros y Soldados!	83
6. El acuerdo con el Partido Socialista para defender las libertades democráticas	86
7. Sólo el trotskismo es y puede ser la vanguardia revolucionaria	88

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN PORTUGAL

Todo el movimiento de izquierda coincide en que Portugal es, hoy en día, uno de los principales focos revolucionarios del mundo y, sin lugar a dudas, el eje de la revolución europea. Para muchos de nosotros es, sin vuelta de hoja, el punto más álgido de la lucha de clases a escala internacional.

Este primer acuerdo sobre la importancia actual de la revolución portuguesa deja de ser tal ni bien comenzamos a considerar los problemas que nos plantea. ¿Es una revolución obrera, o popular-democrática? ¿Qué es el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA)? ¿Qué carácter tiene su gobierno? ¿Es inédito o ya conocido por el marxismo? ¿Qué hacer frente al pacto que el MFA ha obligado a firmar a los partidos obreros mayoritarios, el Socialista y el Comunista, por el que éstos le reconocen el derecho a gobernar el país por varios años? ¿Permitimos que la ya elegida Asamblea Constituyente vea así recortadas sus atribuciones soberanas? ¿Defendemos la legalidad de los grupos maoístas proscriptos por el gobierno? ¿Aceptamos que el diario “República” -empresa privada pero, al mismo tiempo, órgano oficioso del Partido Socialista- deje de editarse como tal por una maniobra conjunta del PC y el MFA -o un sector de él? ¿Cómo nos definimos frente a la lucha entre el PS y el PC? Y en Angola, la principal ex colonia portuguesa, ¿qué hacemos con las tropas allí estacionadas? ¿Deben quedarse para intervenir en la guerra civil que se ha desatado entre los tres frentes de liberación? ¿O deben retirarse y dejar que el FLNA -ligado al Zaire- pueda derrotar al MPLA -oportunista, ligado al PC y dispuesto a pactar con el gobierno y el imperialismo portugueses-? Diversas las respuestas que han tenido éstas y otras preguntas de tanta o menor importancia.

El movimiento trotskista mundial no es una excepción. Dentro de sus filas se viene discutiendo extensamente y dando diferentes respuestas a estos interrogantes. Los artículos que publicamos en este número de Revista de América (de Gus Horowitz, Livio Maitan, Ernest Mandel, Andrés Romero y Fernando Sousa), así como el editorial de “Rouge” acerca del diario “República”, son aportes a esta polémica, viva pero responsable, que solamente los trotskistas son capaces de desarrollar desde el enfoque de los principios del marxismo revolucionarlo. No concordamos con ellos en su totalidad; por eso hemos creído conveniente escribir este extenso artículo, que no consideramos que constituye una respuesta definitiva, sino un aporte más a la polémica. La distancia, la falta de una documentación exhaustiva, hacen que estemos más abiertos que nunca a modificar nuestros puntos de vista si otros hechos u otras interpretaciones se muestran más acertadas.

Finalmente, una última aclaración. Este artículo fue escrito para el número de Revista de América que tenía que entrar en prensa el 23 de junio pasado. Por esa razón, no he polemizado con el interesante artículo de Mandel, que no había leído. La demora en la impresión del trabajo, nos permitió efectuar correcciones de forma y algunas de fondo, que no alteraron, sin embargo, la línea general del mismo.

Nahuel Moreno Buenos Aires, 10 de julio de 1975

I.- LA REVOLUCIÓN PORTUGUESA Y LA RUSA

1. Una comparación feliz

Mientras los lógicos modernos dedican párrafadas a explicar la función de la analogía o comparación, Bacon, varios siglos atrás, se limitó a decir sencillamente: “las cosas nuevas en sí mismas serán comprendidas por analogía con las viejas”. Los revolucionarios, entre otros métodos, seguimos el consejo del viejo filósofo. Es así como “The Militant”, decano de los periódicos trotskistas, el 14 de junio de 1974, en un editorial que marca época, poco después del ‘putsch’ que derribó a Caetano, señalaba que el proceso portugués presenta un “paralelo con la revolución rusa”. Otro tanto nos dice Gus Horowitz en el artículo que publicamos en este número de Revista de América.

Según el editorial citado, son cinco las similitudes más importantes. La primera consiste en que “en Rusia hubo un similar levantamiento de masas”, cuya “primera consecuencia fue la caída del odiado régimen zarista y un intentó por parte de la burguesía de dar una alternativa al régimen para mantener el capitalismo”.

La segunda, es que “*hubo una similar traición a las masas por parte del partido mayoritario del movimiento obrero, los mencheviques, quienes apoyaron la alternativa burguesa al zarismo*”. Ellos, al igual que los stalinistas portugueses de hoy día, entraron como ministros al gobierno de coalición nacional y, con el pretexto de que había que consolidar la presente etapa democrática de la revolución, decían a los obreros que postergaran sus demandas.

La tercera similitud radica en la urgente necesidad para las magas de terminar con la guerra, imperialista en Rusia, colonial en Portugal.

La cuarta, en el sentimiento en favor de la unidad y el gobierno obrero, contra los ministros burgueses y el gobierno de coalición.

La quinta, por último, es la tendencia de los “*obreros rusos... a organizar amplios consejos (la palabra rusa es ‘soviets’)*” puesto que, “*ya los obreros portugueses han dado algunos pasos en esa dirección*”.

Creemos un acierto la comparación de “The Militant”-Horowitz, aunque con dos limitaciones: no profundizan las similitudes, ni señalan las diferencias.

En primer lugar, concordamos en que ambas revoluciones son producto de un “*levantamiento de masas*” y que en ambos casos la burguesía intentó un cambio de régimen para mantener el capitalismo. Pero lo sorprendente -permítasenos esta nota de humor- sería lo contrario: que hubiera una revolución que no fuera producto de un levantamiento de masas y donde la burguesía no intentara conservar el poder a través de un cambio de régimen. Estas son características comunes a cualquier proceso revolucionario. Pero “The Militant” no señala las importantes diferencias entre el “*levantamiento de masas*” portugués y el ruso. El motor de la revolución rusa de febrero de 1917 fue el movimiento obrero y su centro geográfico las ciudades, de donde irradió hacia la periferia. Fue, por su dinámica de clase, una revolución obrera que entregó el poder a la burguesía. La portuguesa, en cambio, fue consecuencia directa de la revolución colonial, pequeño burguesa y periférica, que repercutió en los centros y las masas urbanas metropolitanas e inmediatamente se transformó en obrera.

A la segunda analogía -la comparación entre la traición de los mencheviques rusos y la de los partidos obreros mayoritarios portugueses- no hay nada que objetar. Salvo un detalle cuyas consecuencias veremos más adelante: los redactores de “The Militant” no nombran ni incluyen en su analogía al otro partido de masas de la revolución rusa: los socialistas revolucionarios.

La tercera similitud es un acierto en toda la línea. La necesidad de terminar con la guerra fue de suma urgencia para las masas, tanto en Rusia embarcada en su guerra ínter imperialista, como en Portugal comprometido en su guerra colonial. Le faltaría agregar a “The Militant” que la consecuencia de ambas guerras fue una, aguda crisis de ambos ejércitos, de los soportes últimos del estado burgués-, crisis que fue producto de sucesivas derrotas. Y, además, le faltó decir que no es lo mismo ser derrotado por otro ejército imperialista que por diez años de guerra colonial revolucionaria.

Sobre la cuarta comparación, relativa a los sentimientos de los obreros rusos y portugueses a favor de la unidad de clase y contra el gobierno de coalición, sólo queremos agregar que dichos sentimientos tienen en Portugal, en un sentido más facilidades y en otro menos que en Rusia para expresarse. Más, porque en Portugal los partidos Socialista y Comunista, al igual que el MFA, son relativamente improvisados y no largamente estructurados e insertados en la conciencia de los obreros y las masas, como lo fueron los mencheviques y los social-revolucionarios rusos, partidos construidos durante décadas de actuación política. Menos, porque los obreros portugueses no tienen ante sí un partido revolucionario de larga data y reconocido como el Partido Bolchevique, que fortalezca y organice esos sentimientos.

Finalmente, la quinta analogía sobre los soviets ha estado lejos de cumplirse. Si bien es verdad que “The Militant” la plantea como necesidad y subraya que sólo se han dado “algunos pasos en esta dirección”, desgraciadamente no se han visto confirmadas las esperanzas de todos nosotros. En lugar de soviets se desarrollaron otros métodos y formas más embrionarias y espontáneas de poder obrero y del movimiento de masas; las ocupaciones y las comisiones obreras, de inquilinos y soldados, o sea, comités de fábricas y de otros lugares, pero no soviets. Estos últimos agrupan a todos los obreros y explotados de una zona, vienen a ser coordinadoras de todas las masas explotadas, que practican la democracia directa. Los comités reflejan solamente a los obreros de una fábrica, los inquilinos de un edificio o los soldados de un regimiento, no a todos juntos. Las razones de esto son el sabotaje de los partidos Comunista y Socialista, así como la falta de experiencia del movimiento obrero. Pero entre los soviets rusos y las comisiones portuguesas hay otra diferencia: los soviets se dieron, desde el principio, centralizados en una organización nacional reconocida por todos. En cambio, las comisiones u ocupaciones portuguesas no están centralizadas ni organizadas a nivel nacional, se han ido formando de manera espontánea, anárquica y atomizada, aunque aparentemente mucho más generalizadas de lo que se cree.

A todas estas similitudes cabe agregar, por lo menos, una más: tanto Rusia como Portugal eran, en sus respectivos momentos, los eslabones más débiles y atrasados de la cadena imperialista mundial, aunque el carácter del atraso portugués sea diferente al ruso.

2. Un olvido peligroso: la pequeña burguesía y sus partidos

Como ya anticipamos, existe un olvido e inexactitud que quizás no sea casual: en el editorial a que nos venimos refiriendo no se menciona al Partido Socialista Revolucionario, conocido también en la historia de la revolución rusa como ‘Social-Revolucionario’ o ‘eserista’. Sin

embargo, no es exacto que el partido mayoritario dentro de la clase obrera, y el único que practicó la colaboración de clases, haya sido el menchevique. El Social-Revolucionario fue el gran partido de masas que colaboró con los gobiernos burgueses y de cuyas filas surgió Kerensky, nexo entre la burguesía y las organizaciones de masas. Era un partido típico de toda revolución: reflejaba a ‘las masas’ en general y a la pequeña burguesía en particular (incluyendo los sectores obreros más, atrasados, que venían del campo y conservaban la mentalidad rural). Fue la expresión de las grandes masas puestas en movimiento por la revolución, acaudilladas por la moderna clase media, sectores intelectuales y profesionales, tecnócratas y burócratas de todo tipo, etcétera, los cuales son la herramienta política más útil para la burguesía imperialista cuando se ve amenazada por una crisis revolucionaria.

El otro partido pequeño burgués, aunque representaba a la clase obrera, era el menchevique, el único que cita “The Militant”. Por su ideología, programa y dirección era éste un partido pequeño burgués, aunque lo siguiesen obreros. Reflejaba en el seno de la clase obrera la presión de la clase media y el pequeño aburguesamiento de algunos sectores del proletariado. En relación a Portugal, “The Militant” compara al menchevismo sólo con el stalinismo y se olvida de los socialistas.

Mucho más que estos olvidos nos preocupa la posible razón de ellos. Aparentemente, para nuestros autores, pareciera que en Portugal sólo existen dos clases: la burguesía y el proletariado, ya que jamás nombran a la pequeña burguesía como protagónica del proceso revolucionario o contrarrevolucionario. Y, en consecuencia, ven solamente organizaciones políticas de dos únicas categorías: las de la burguesía imperialista portuguesa y las reformistas que representan al movimiento obrero. Pero esto no es así: el proletariado industrial sólo constituye aproximadamente un tercio de la población económicamente activa. Existe una amplia capa pequeño burguesa, tanto urbana como campesina, frente a la cual el proletariado, aun si sumamos el industrial y agrícola, es minoritario. La pequeña burguesía, como clase y como representación política del proletariado a través de los partidos reformistas (de ideología y dirección pequeño burguesa), cumple un papel doblemente decisivo en la revolución; no podemos, entonces, ignorarla. Una cosa es señalar correctamente que en ésta, como en todas las revoluciones, existen sólo dos salidas y dos tipos de gobierno: capitalista u obrero. Otra cosa muy distinta -y errónea- es tomar en cuenta solamente a estas dos clases al analizar la revolución y desconocer así la existencia y el papel fundamental de la pequeña burguesía y sus organizaciones políticas.

Tanto Trotsky como Lenin han insistido repetidamente en este problema. Lenin decía: *“Es sumamente característico y significativo que, tanto los socialistas revolucionarios como los mencheviques, sin negar esto “en principio”, y conociendo muy bien el carácter capitalista de la Rusia actual [de 1917] no se atrevan a mirar cuerdamente la verdad cara a cara. Temen reconocer la verdad de que todo país capitalista, Rusia inclusive, se divide básicamente en tres fuerzas fundamentales y principales: la burguesía, la pequeña burguesía y el proletariado. De la primera y la tercera todos hablan, todos las reconocen. A la segunda - ¡que constituye precisamente mayoría por su número! - no la quieren valorar sensatamente ni desde el punto de vista económico, ni político, ni militar.”* (Obras Completas, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1957, Tomo XXV, pág. 193)

Y, remarcando el papel de la pequeña burguesía, señalaba: *“El hecho de que nuestra revolución haya ‘gastado en vano’ seis meses de vacilaciones respecto a la organización del poder, es indiscutible, y está determinado por la política vacilante de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques. Pero, a su vez, la política de estos partidos se ha determinado, en última*

instancia, por la posición de clase de la pequeña burguesía, por su inestabilidad económica en la lucha entre capital y trabajo". (Op. cit., Tomo XXV, pág. 857)

Trotsky, en repetidas oportunidades, dijo lo mismo: *"Para poder dar una respuesta a la pregunta de cómo la revolución de los obreros y campesinos cedió el poder a la burguesía, hay que empalmar a la cadena política un eslabón intermedio: los demócratas y socialistas pequeño burgueses del tipo de Sujanov, los periodistas y políticos de la nueva clase media que enseñaron a las masas que la burguesía era el enemigo, pero que lo que más temían era libertar a las masas de la férula de ese enemigo. La contradicción entre el carácter de la revolución y el del poder que surgió de ella se explica por las peculiaridades contradictorias del nuevo sector pequeño burgués, situado entre las masas revolucionarias y la burguesía capitalista."* (León Trotsky, "Historia de la Revolución Rusa", Galerna, Buenos Aires, 1972, Tomo 1, pág. 205)

"En cada curva del camino histórico, ante cada crisis social, debemos examinar una y otra vez la cuestión de las relaciones mutuas entre las tres clases de la sociedad moderna: la gran burguesía, dirigida por el capital financiero; la pequeña burguesía, que oscila entre ambos campos fundamentales; y, finalmente, el proletariado".- (León Trotsky: "La lucha contra el fascismo en Alemania", Ed. Pluma, Buenos Aires, 1973, Tomo I, pág. 18)

3. Las Etapas de las revoluciones rusa y portuguesa

Al no ceñirse estrictamente a las advertencias de Lenin y Trotsky con respecto a la pequeña burguesía (o 'democracia pequeño burguesa', como también la llamaban) "The Militant" y Horowitz se atan las manos para profundizar aun más la comparación entre ambas revoluciones y explotar hasta el fin su acierto, renunciando a buscar las similitudes entre las, etapas de las dos revoluciones y la ubicación en ellas de la 'democracia pequeño burguesa'.

Para no dar más que un ejemplo, señalemos que el editorial de "The Militant" no prevé la lucha, sorda primero y abierta después, entre Spínola, representante de la gran burguesía, por un lado, y por el otro, la democracia pequeño burguesa: el MFA y sus aliados del PC y el PS. Y Horowitz, ya ante el hecho consumado de esta lucha, no puede darnos ninguna definición ni comparación de ella que se apoye en un análisis de clase. Horowitz, un año después de iniciada la revolución portuguesa, renuncia a precisar sus etapas y personajes, limitándose a una descripción de los acontecimientos.

Para nosotros, hasta el último golpe de Spínola, ese paralelo con la revolución rusa se acentúa. Este golpe refleja la contrarrevolución burguesa korniloviana derrotada por la movilización del conjunto del movimiento de masas, incluida la democracia pequeño burguesa portuguesa. Nos parece que Spínola ha combinado, en una sola personalidad, la del príncipe Lvov (titular del primer gobierno provisional en la revolución rusa, abocado a la consolidación de un gobierno de unidad nacional con marcados rasgos bonapartistas) y la de Kornilov (encargado de liquidar el gobierno kerenskista para instaurar el bonapartismo contrarrevolucionario). Y esto no es una casualidad ya que Lvov simbolizaba la contrarrevolución feudal y Kornilov, la burguesa. Spínola refleja una sola contrarrevolución: la burguesa, ya que en Portugal no hay otra. Así, derrotada la primera posibilidad, Spínola se lanzó a la segunda, en la conspiración y el abortado 'putsch' del 11 de marzo. La revolución portuguesa ya ha derribado a su príncipe Lvov -Spínola en el gobierno- y ha tenido sus jornadas de septiembre, aplastando a su Kornilov -el Spínola del 'putsch' del 11 de marzo-. La única diferencia fundamental está en que los obreros rusos, tras las

jornadas de septiembre, tuvieron un partido bolchevique para conducirlos decididamente a la toma del poder; en cambio, los obreros portugueses no lo tienen. Pero, justamente a partir de la jornada de septiembre, el papel de los bolcheviques fue absolutamente determinante en el proceso ulterior de la revolución rusa. Su ausencia en Portugal transforma, a partir de aquí, toda nueva analogía- en una comparación vacía y, por lo tanto, inútil.

Supongamos que no concordamos con esa comparación entre las relaciones y las etapas de la gran burguesía, la pequeña burguesía y el proletariado en Rusia y Portugal. Si así fuera, se impondría con toda claridad señalar el carácter y las diferencias que tienen en este aspecto ambas revoluciones.

4. La revolución portuguesa y la española de los años 30

Así como nos ha parecido fructífero comparar la revolución portuguesa, hasta el 11 de marzo de 1974, con la rusa, creemos que para entender la nueva etapa es útil su comparación con la revolución española de los años 30, aunque también debemos marcar algunas diferencias importantes.

Tal cual previó Trotsky en su momento, la revolución española fue muy lenta en relación a la rusa. La actual revolución portuguesa, en cambio, recorrió en un año lo que a la española le llevó cerca de seis. Esto ocurrió porque tanto la rusa como la portuguesa tuvieron en común la crisis del ejército desde los primeros momentos de la revolución, fenómeno que no se dio en la española. Y a este factor se sumó, en Portugal, la falta de organizaciones reformistas fuertemente enraizadas en el movimiento obrero y de masas.

Como ya hemos dicho, para nosotros, antes de cumplirse un año de revolución, se dio en Portugal el clásico golpe korniloviano o franquista: tal es el significado en el calendario portugués de los dos golpes fracasados de Spínola. En sus consecuencias, vuelven a asemejarse las revoluciones rusa y portuguesa: el golpe contrarrevolucionario fracasa y, al hacerlo, acelera la crisis del ejército. En España, en cambio, el triunfo de los primeros días sobre el golpe no se consolidó como consecuencia de la traición del gobierno y de las direcciones obreras. Así, la reacción no se desorganizó e inició la guerra civil. Esta dividió al país en dos campos: en uno dominaba el ejército burgués, ahora fascista; en el otro, en el campo de la República, desaparecieron en un primer momento la policía y el ejército para ser reemplazados por las milicias obreras y antifascistas. De esa manera, el poder dual logró en España un grado de desarrollo (con la desaparición del ejército y el dominio de las milicias, con la expropiación de la mayor parte de las industrias por el movimiento obrero, principalmente en Cataluña, y la toma de tierras por los campesinos, solamente en Aragón) al que no se aproxima Portugal. Pero esta diferencia se ve compensada por la brutal crisis del ejército portugués, que no puede apoyarse -como sí lo hizo Franco con los famosos “moros”- en las tropas coloniales, y ve nacer en su seno importantes brotes de doble poder, fenómeno que no se dio en el ejército español, el cual no sufrió crisis internas ni fue carcomido por gérmenes de poder dual. Un segundo factor derivado de éste, que también compensa esta diferencia en el desarrollo del poder dual en Portugal y España de los 30 es que, en el primero, la derrota del golpe de Spínola aleja, por un tiempo más, o menos largo, la posibilidad de un nuevo golpe reaccionario.

Pero, pese a todas estas diferencias, las dos revoluciones se parecen en algunos aspectos fundamentales. El primero de ellos es que, tras el golpe contrarrevolucionario, cuando las

condiciones objetivas ponen el poder al alcance del proletariado, éste carece de un fuerte partido bolchevique. El segundo aspecto es que sí en España, después del golpe franquista, el principal factor contrarrevolucionario fue el stalinismo en maridaje político con una sombra de la burguesía y los restos de los oficiales del ejército y la policía que quedaron en el campo republicano, similar papel cumple el stalinismo portugués desde el golpe del 11 de marzo, servilmente ligado a esa sombra de burguesía que es Costa Gomes y a la oficialidad ‘izquierdista’ portuguesa que constituye el MFA.

Estas dos semejanzas anticipan una tercera, que puede ser trágica para el proletariado portugués. Así como hubo un mayo catalán (1937), en que el stalinismo y el gobierno republicano hicieron su propia guerra civil contra el movimiento obrero de aquella provincia española para imponer un gobierno bonapartista, el mayor peligro para los trabajadores portugueses es, en forma inmediata, un similar papel del stalinismo y el MFA portugueses.

Nada demuestra mejor la utilidad de estas analogías y de la discusión teórica para precisar las etapas, que la aparente o real discrepancia con Horowitz sobre el carácter del ‘putsch’ de Spínola. Pareciera que, para Horowitz, éste no significará la derrota del Kornilov o el Pinochet portugués por un buen tiempo, y que, por lo tanto, seguiríamos en una etapa donde el peligro inmediato para las masas es Spínola o Pinochet, es decir, la contrarrevolución burguesa. Es así como dice, refiriéndose a la política del PC portugués: “*¡Cómo recuerda a Chile! Y la lección de Chile indica el peligro que existe en Portugal*” (Gus Horowitz, “Portugal un año después del golpe”, ver este número de Revista de América). Nosotros, en cambio, diríamos: “*¡Cómo recuerda a España, después que se derrotó a Franco en las zonas industriales! ¡Cómo se parecería a Chile, si en Chile las masas hubieran derrotado a Pinochet! Y las lecciones de lo que ocurrió en la España republicana, con los gobiernos contrarrevolucionarios de Largo Caballero y Negrín-Stalin, indican el peligro que existe en Portugal con la contrarrevolución del MFA-PC-PS, especialmente de los dos primeros.*”

II.- UNA REVOLUCIÓN COLONIAL QUE SE TRANSFORMA EN REVOLUCIÓN SOCIALISTA METROPOLITANA

1. Los pronósticos de la III Internacional

La Revolución portuguesa se aproxima a los vaticinios de Lenin y Trotsky, quienes anticiparon, en la primera postguerra, que los movimientos coloniales de los viejos imperios -Inglaterra, Francia- serían parte de un movimiento revolucionario único a escala de todo el imperio, en el que la revolución obrera metropolitana sería la, vanguardia de las revoluciones coloniales pequeño burguesas y burguesas.

Durante casi sesenta años, ninguna de estas previsiones se cumplió. El fracaso de la revolución obrera en Europa, tras la Primera Guerra Mundial, por la traición de las direcciones socialdemócratas, frustró esa combinación de los movimientos agrarios y nacionalistas pequeño burgueses o burgueses con la revolución obrera metropolitana. El carácter marítimo, no territorial, de estos imperios coloniales los ayudó a capear el temporal.

Más tarde, la traición stalinista de la segunda postguerra permitió a los viejos imperialismos realizar con éxito la maniobra neocolonial. Las colonias conquistaron la independencia política, pero para incorporarse al mundo de los países atrasados, económicamente dominados bajo formas semicoloniales o dependientes por los mismos viejos imperialismos en sociedad con el imperialismo yanqui. Este proceso no se combinó con la revolución obrera en las metrópolis. Cuando estallaron las guerras de liberación, democráticas o agrarias (China, Indochina, Corea, Argelia, Cuba), fue nuevamente el stalinismo quien actuó en todos los frentes para impedirlo: Ni la de Vietnam, ni la de Argelia, las dos revoluciones coloniales más heroicas de esta postguerra dentro de los viejos imperios, tuvieron un apoyo incondicional y revolucionario del stalinismo y el movimiento obrero francés que éste dirigía. El hecho de que la revolución colonial y el movimiento obrero del país imperialista no lograran ligarse en un proceso único, en un todo orgánico, al tiempo que provocaba guerras interminables, espantosamente crueles y sangrientas en las colonias, permitía la supervivencia -aunque debilitada- de la estructura capitalista e imperialista en las metrópolis.

Por razones que hacen sólo indirectamente al stalinismo, y directamente al retraso del movimiento obrero japonés y norteamericano, las revoluciones y guerras semicoloniales en China, Corea, Indochina y Cuba, tampoco se ligaron a aquellos. El fascismo impidió que el movimiento obrero japonés colaborara y se uniera con los trabajadores chinos que se le oponían en la década del 30 y principios del 40. Ni el débil movimiento contra la agresión yanqui a Cuba ni el gran movimiento contra la guerra de Vietnam fueron acaudillados por el movimiento obrero. Mucho menos por un movimiento obrero que avanzara hacia la revolución socialista.

Esta ligazón que faltó entre las revoluciones democrático-burguesas y la revolución obrera dentro de los imperios se dio, sin embargo, dentro de las fronteras de algunos países coloniales y semicoloniales. Las guerras campesinas democráticas o antiimperialistas china, coreana, vietnamita, yugoslava y cubana se transformaron, por la lógica objetiva de esas luchas, en revoluciones obreras deformadas. Se corroboraba así la teoría de la revolución permanente sobre la combinación de ambas revoluciones.

Esta largamente frustrada combinación revolucionaria entre los movimientos colonial y obrero

metropolitano, se producirá, finalmente, con la revolución portuguesa.

2. Un imperio capitalista en decadencia

Los ideólogos del MFA, seguidos consciente o inconscientemente por muchos sectores de izquierda, hacen esfuerzos para tratar de igualar al Portugal liberado del fascismo con los países coloniales y semicoloniales, para encubrir así su carácter imperialista. Es el famoso 'tercermundismo' de los capitanes. Para que esta peligrosa y falsa teoría haya podido hacer pie tiene que asentarse en un hecho cierto: el evidente atraso de Portugal.

Todo intento de comparar a Portugal con los países coloniales debe comenzar con este problema de fondo: el carácter de su atraso. ¿Se debe a que llegó demasiado tarde al desarrollo capitalista, como los países coloniales o, por el contrario, a que llegó demasiado pronto? Este último es el caso de Portugal, que fue el primer país capitalista moderno que logró formar un imperio comercial, mucho antes que Inglaterra. Así, gracias a ello, pudo conseguir colonias que ha seguido explotando hasta la fecha. Se parece a Inglaterra, con la diferencia de que la decadencia de ésta comenzó hace décadas y no siglos. En los diferentes orígenes del atraso radica el distinto carácter de Portugal y de los 'países del tercer mundo'. Aquél es un imperialismo senil, el más senil de todos porque fue el primero; en cambio, los países coloniales y semicoloniales no han alcanzado a desarrollarse en plenitud como países capitalistas, por haber llegado demasiado tarde. Si ni siquiera han podido obtener su plena independencia económico-política, mucho menos habrían de lograr transformarse en potencias imperialistas capaces de explotar a otros países.

Portugal se diferencia del imperio ruso en el mismo hecho. Este último llegó tarde al desarrollo capitalista. De ahí que fuera una semicolonia en relación a los imperios europeos (el capitalismo extranjero dominaba su economía.), aunque al mismo tiempo fuese imperialista en relación a las nacionalidades de su territorio.

Portugal nunca llegó a ser una semicolonia de otros imperios más poderosos, pese a su extremada debilidad: por el contrario, hasta los años 60, el régimen de Salazar había logrado un alto grado de autarquía.

Es un hecho histórico que, durante siglos, Portugal fue una submetrópoli comercial, y posteriormente industrial y financiera, del imperialismo inglés. Pero la crisis del 29 permitió a la burguesía portuguesa independizarse relativamente de su carácter submetropolitano y la Segunda Guerra Mundial la independizó totalmente.

Mientras la crisis y la guerra herían de muerte a su socio inglés, la burguesía imperialista portuguesa utilizaba esa situación para fortificarse dentro de su imperio. La ayudarían dos hechos: primero, el no haber intervenido en la guerra mundial y no tener, por consiguiente, que pagar la reconstrucción del país; segundo, el que sus colonias más importantes estuvieran en el centro y el sur de África, la zona menos castigada por la guerra y por los movimientos de liberación nacional (zona muy distinta, por ejemplo, al extremo oriente, que había sufrido la invasión japonesa y visto el triunfo de la gran revolución china).

Esto permitió a Salazar mantener en pie un imperio autárquico, relativamente cerrado a las inversiones de otros imperialismos, sin elementos 'submetropolitanos' (explotar en sociedad con imperialismos más fuertes), ni mucho menos 'semicoloniales'. También, gracias a ello, la dictadura pudo sostenerse en el poder durante casi medio siglo.

Pero las condiciones favorables que habían permitido, pese a su atraso, mantener la independencia o autarquía, fueron quedando atrás a medida que se desarrollaba el ‘boom’ económico imperialista de postguerra. La burguesía portuguesa, por sí sola, no podía desarrollar las nuevas ramas de producción características de la actual economía capitalista: automotriz, petroquímica, electrónica, bienes durables de todo tipo, etcétera. Para desarrollar esas ramas necesitaba imperiosamente entrar en sociedad con los monopolios yanquis o europeos. La guerra colonial agregó un factor suplementario de dependencia con relación a las grandes potencias imperialistas: la provisión de armas sofisticadas para enfrentar a los guerrilleros, que su atraso le impedía producir. Es así como, desde 1.960, comenzaron a entrar capitales yanquis y europeos al imperio. Si entre 1943 y 1960 solamente ingresaron 2 millones de contos, en sólo 6 años, entre 1961-67, entraron 20 millones, es decir, diez veces más, y esta tendencia continuaría.

A regañadientes, el gobierno de Salazar-Caetano fue permitiendo esta penetración, pero sin permitir que fuera predominante. El socio principal siguió siendo la burguesía portuguesa. Si no llega a interponerse la revolución obrera, la tendencia del Portugal imperialista no deja lugar a dudas: su atraso lo condenará a transformarse en submetrópoli, es decir, socio menor de otros imperios más poderosos en la explotación de la clase obrera y de las colonias; y, a muy lejano plazo, no estaría descartado que perdiera totalmente su influencia en sus colonias y se transformara directamente en una semicolonía. Portugal, para mantener su actual independencia del capital extranjero, sólo tiene una alternativa: el socialismo, que le haría superar su atraso sin caer bajo el dominio de los grandes monopolios internacionales. Esta transición de un imperialismo relativamente independiente y dominante en su esfera de influencia, a dependiente o submetropolitano, como socio menor de otros imperialismos, caracteriza la actual dinámica de la economía burguesa portuguesa. Es una transición inevitable que provoca fuertes contradicciones dentro de la burguesía y pequeña burguesía portuguesa, como ya veremos.

3. La revolución colonial conmueve al imperio

Si el régimen de Salazar logró mantener intacto y, en un sentido, fortalecer su imperio durante medio siglo, la guerra colonial conmovió, por fin, su régimen.

Ya en 1962, un conocido periodista de la izquierda inglesa, al describir el inicio de la revolución colonial en Angola, escribía estas palabras, realmente premonitorias (para el caso de que ella se extendiera, como sucedió, a las restantes colonias portuguesas):

“En febrero de 1961 comenzó en Angola la guerra de liberación, que en estos momentos parece poder alcanzar las dimensiones de la guerra de Argelia, convertirse en el comienzo de la revolución del África Central y del sur y sacudir de tal modo los cimientos del colonialismo portugués que Salazar resulte herido de muerte y se transforme de este modo radicalmente la situación en la península ibérica.” (Peter Freyer y Patricia McGowan Pinheiro; “El Portugal de Salazar”, Ruedo Ibérico, París, 1962, pág. 139). Efectivamente, la guerra llevará al marasmo la economía del imperialismo portugués, que se verá obligado a mantener un ejército de 150.000 hombres y gastar casi la mitad del presupuesto en ella. El viejo imperio no pudo sostener esa situación (ni tampoco, como se demostraría más tarde, realizar con éxito la maniobra neocolonial).

El famoso libro de Spínola “Portugal y el futuro” no fue solamente el más importante ‘best seller’ de los últimos años del Portugal fascista. Detrás de él se escondían intereses no precisamente

literarios. Su publicación indicaba que el alto mando del ejército portugués se había dividido, siguiendo las líneas en que lo había hecho la oligarquía portuguesa, como consecuencia del impacto de la guerra colonial, que ya llevaba más de diez años. El sector más reaccionario opinaba que había que continuar la guerra hasta el triunfo; el de Spínola-Costa Gomes que había que terminar con ella, negociando con las colonias una salida que las constituyera en estados asociados a la metrópoli, algo parecido a la actual situación de las colonias inglesas. Tanto unos como otros se oponían a la autodeterminación de las colonias, pero en tanto que los primeros: querían conservarlas como tales, el sector de Spínola aspiraba a mantener el imperio bajo una forma neocolonial. A ese objetivo sumaba otro, de primera importancia: ‘democratizar’ al país para permitir su integración al Mercado Común Europeo y asociarse con éste en la explotación de las colonias y de la clase obrera portuguesa.

Este primer plan del sector oligárquico representado, por Spínola-Costa Gomes era parecido en lo político al que la gran burguesía española está desarrollando en la actualidad: aplicar una fuerte presión para que el propio gobierno ‘fascista’ se ‘modernice’, es decir, “*cambiar algo para que todo siga igual*”. De allí que se limitaron a tratar de convencer -sin éxito- al gobierno de la conveniencia de liberalizar el juego político y de iniciar negociaciones para terminar con la guerra. La resistencia de Caetano estaba respaldada por los sectores burgueses que seguían apostando a la ‘autarquía’ imperialista. Pero la revolución colonial, al tiempo que aceleraba la crisis política de la oligarquía portuguesa debilitando a su sector más cavernario, comenzó a filtrarse, al agudizar la crisis económica y social, en las propias filas de la oficialidad del ejército imperial.

4. La crisis en el ejército: MFA y ‘putsch’

Si la guerra colonial provoca una profunda división dentro de la oligarquía portuguesa, una crisis mucho más profunda comenzó a manifestarse en las fuerzas armadas del imperio. Estas debían realizar terribles esfuerzos para mantener la guerra en las colonias. Los jóvenes sufrían cuatro años de conscripción. Muchos estudiantes eran enganchados como oficiales. Todos, oficiales, suboficiales y tropa, pasaban largos años fuera del país, en una guerra que les era ajena, plagada de decepciones y derrotas. En estas condiciones, la división del alto mando facilitó el comienzo de organización de un grupo de capitanes y oficiales de baja graduación estacionados en cuarteles próximos a Lisboa.

Como sucede tantas veces en la historia, todo comenzó por una razón mezquina, baladí sí se quiere. Los capitanes de carrera querían mejores condiciones que las que tenían los enganchados. Efectuaron una presentación a la superioridad y siguieron presionando para ver satisfechos sus pedidos. Pero, a poco de organizarse, llegaron a la conclusión de que el gran problema no eran los capitanes enganchados, sus camaradas de armas e infortunios, sino la guerra colonial y el gobierno fascista, y se volcaron a la lucha. Había que terminar con la guerra y el gobierno fascista.

La participación de los capitanes transformó el plan de recambio de un sector de la oligarquía y de Spínola en un ‘putsch’ militar. La resistencia de Caetano a aceptar los consejos de Spínola lo había colocado en una situación sin salida ni perspectivas. El descontento y malestar de la clase media, reflejados en la protesta y organización de los capitanes, lo sacó de esta incertidumbre. Spínola creyó que podía usar a estos últimos en la mecánica del golpe, para luego despedirlos, agradeciéndoles los servicios prestados y obligándolos a volver a la férrea disciplina de los

cuarteles. El programa del **Movimiento de las Fuerzas Armadas** -como finalmente se denominó la organización de los capitanes de carrera a que nos referimos-, ambiguo, sin ninguna claridad, se prestaba a que fueran así utilizad' dos. Por otra parte, el MFA también quería servir al representante de la gran burguesía y asegurar la disciplina. El terror al movimiento de masas y a la indisciplina unía a Spínola con los capitanes descontentos. Todo estaba preparado para que fuera un 'putsch' sin intervención popular y obrera. Pero las cosas sucedieron de otro modo.

5. Un 'putsch' que se transforma en una revolución obrera

Desde pocos años después que el fascismo subió al poder en Italia, se inició una polémica entre el stalinismo y el trotskismo sobre el carácter social de la revolución antifascista. El stalinismo aprovechó los triunfos de la contrarrevolución fascista para trasladar a los países europeos su nefasta teoría de las 'etapas' revolucionarias de los países atrasados. Según los stalinistas se trata, al igual que en éstos, de una larga etapa de revolución democrática acaudillada por la burguesía liberal. De esta teoría sobre el futuro de la revolución europea sacó su política de frentes populares o democráticos con la burguesía liberal para desarrollar hasta el fin la revolución democrática antifascista.

El trotskismo sostenía que sólo una clase, la obrera, con sus métodos de movilización, podía derrotar al fascismo, imponer las más irrestrictas libertades democráticas y hacer progresar a los países hacia el socialismo. Las libertades democráticas que se conquistaran iban a ser subproductos de la lucha revolucionaria de la clase obrera; no una etapa histórica, sino una maniobra de la burguesía para calmar a la clase obrera con concesiones y evitar así que hiciera la revolución socialista. Por otra parte, para que haya una etapa democrático-burguesa, es necesario que exista una burguesía o pequeña burguesía capaces de acaudillar a las masas en un proceso revolucionario hasta sus últimas consecuencias. Pero, desde mediados del siglo pasado, no existe esa burguesía 'progresista', dado que lo que más teme es la movilización de la clase obrera, ya que el proletariado es su más importante enemigo histórico, mucho más que el imperialismo, las potencias capitalistas rivales y los restos feudales. A estos sectores la une su condición de capitalistas o explotadores; de la clase obrera la separa tajantemente el hecho de ser su explotadora directa. Si todo esto es verdad para los países atrasados, lo es mucho más para los adelantados, donde la burguesía ni por un minuto puede dejar de ser doblemente contrarrevolucionaria, ya que, además de explotar a sus obreros, explota a sus colonias. Portugal ha sido una nueva prueba histórica de la validez de ambas teorías y políticas. Veamos.

"(...) a pesar de que las radios controladas por el Ejército llamaban a que la población se mantuviera en calma y en sus casas, decenas de miles de civiles inundaron las calles, acompañaban a los tanques, ofrecían claveles rojos y fraternizaban con los soldados, al mismo tiempo que masiva y alegremente se lanzaban al más radical desmantelamiento del odiado aparato represivo fascistizante".

"(...) El desmoronamiento del aparato represivo de la dictadura abrió súbitamente la posibilidad de una inmensa movilización obrera y popular. El mismo día 25 y los subsiguientes, las calles eran recorridas incesantemente por manifestaciones espontáneas de miles de personas gritando, contra el fascismo y la PIDE, por el fin de la guerra, por la fraternización con los militares, etcétera. Un símbolo elocuente de esto tal vez sea lo ocurrido en numerosos liceos, donde los jóvenes secundarios inmediatamente pasaron a descubrir, perseguir y detener a los antes temidos informadores ("bufos") de la PIDE, y a la Legión Portuguesa. El 'saneamiento' de los

elementos reaccionarios se extendió como un reguero de pólvora por todo el país”.

“Lo presencia activa de las masas y particularmente de la clase trabajadora fue claramente visible en las manifestaciones del 1º de Mayo, durante las cuales 500.000 personas salieron a las calles solamente en Lisboa, y en la oleada de huelgas y movilizaciones que la siguieron para imponer las más diversas reivindicaciones democráticas y económicas. De esta manera se conquistó un margen de libertades muy grande y se provocó un cambio sustancial en la relación de fuerzas entre las clases”.

Así resumió Aldo Romero, en el Nro. 1 de Revista de América, las consecuencias del ‘putsch’ militar en líneas generales, todo el periodismo produjo versiones similares.

Las fechas son a veces, por un extraño azar, simbólicas. La semana revolucionaria abierta el 25 de abril, día del ‘putsch’, culminó el Primero de Mayo, día obrero internacional por antonomasia, con una manifestación de 500.000 personas en Lisboa. Ella indicó claramente, tanto en su composición social como por las consignas que se corearon, la presencia de una revolución obrera que había comenzado a llevar a cabo un programa democrático, o bien algunas de sus tareas fundamentales.

Muchas de las consignas eran esencialmente antifascistas y democráticas, tal el caso de “Muerte al fascismo”, “Muerte a los PIDES”, “Saneamiento”. Algunas de ellas, de apoyo a la burguesía -“Viva Spínola”- o a la pequeña burguesía -“Viva el MFA”-, denotaban el atraso del movimiento obrero portugués tras 50 años de ostracismo político. Llama la atención la falta de consignas anticolonialistas, (con la excepción de la un tanto ambigua de “Fin de la guerra”) en una revolución que –como se demostraría más adelante- era, consciente o inconscientemente, profunda y objetivamente anticolonialista. Probablemente, los vivas a Spínola reflejaban en forma harto confusa dicho carácter, puesto que aquél, tras la publicación de su libro, pasaba por ser el abanderado del fin de la guerra por todos los medios.

Pero junto a estas consignas se coreaban otras, tales como “Salario mínimo a 6.000 contos” y “Cunhal al gobierno”, que ya demostraban, en cuanto a reivindicaciones específicas, la primacía absoluta de la clase obrera en el movimiento. No se escucharon en él demandas que correspondieran a intereses específicos de otras clases ni sectores. Finalmente, reafirmando los métodos obreros revolucionarios, esta gran manifestación fue precedida y sucedida por infinidad de huelgas, el método de lucha obrero por excelencia. Y la liquidación del aparato fascista comenzó a llevarse a cabo directamente, asaltando y deteniendo a sus personeros, sin escuchar las recomendaciones de los militares.

Tomadas en su conjunto, las consignas demuestran la combinación de circunstancias que provocó el comienzo de la gran revolución obrera antifascista. Los vivas a Spínola y al MFA fueron el reconocimiento del movimiento de masas a los putschistas burgueses y pequeño burgueses que habían abierto las compuertas, así como los mueras al fascismo indicaban claramente el objetivo inmediatamente democrático de la revolución obrera que había comenzado y que se concretaba tanto en el método de las manifestaciones y las huelgas como en las consignas de “salario mínimo” y “Cunhal al gobierno”. Pero también expresaban un hecho indiscutible: era el pueblo en su conjunto, desde la clase media hasta el proletariado, quien se aprestaba a cambiar al régimen fascista. Visto desde este ángulo, se trataba de un gran movimiento popular, pero un movimiento popular que tenía como su soporte más vigoroso y dinámico a la clase obrera. Era, en síntesis,

una revolución obrera que se combinaba con todos los sectores explotados, principalmente la clase media urbana, y comenzaba a exigir el cumplimiento hasta el fin de las tareas democráticas, al tiempo que se proponía desde el comienzo tareas y métodos de lucha propios del proletariado.

Pocos meses después, esas mismas masas trabajadoras saldrían, solas, a las calles para gritar “Muera Spínola”, demostrando una vez más la dinámica obrera, socialista, de la revolución. Dinámica que los propios explotadores y sus sirvientes de la clase media, como el MFA, el PC y el PS, se verían obligados a reconocer al recurrir a la gran estafa de autodenominarse ‘socialistas’ y disfrazar sus proyectos burgueses tras la mentira de que lo que está recorriendo Portugal es ya la marcha hacia el socialismo.

III. LAS MASAS DERROTAN A LA CONTRARREVOLUCIÓN SPÍNOLISTA

1.- El gobierno de “unidad nacional”

El ‘putsch’ militar elevó al poder al primer gobierno “revolucionario”, el del general Spínola. Este intentó lograr un gobierno de “unidad nacional”, donde cupieran desde la gran burguesía hasta los partidos obreros reformistas. Y todos los sectores estuvieron de acuerdo en darle plenos poderes al general del monóculo: el MFA, recién formado, y salido a la luz pública, no se atrevió a postularse para, el gobierno; por su parte, los partidos obreros tradicionales jugaron todas sus cartas a un régimen de unidad nacional. Así, Spínola se convirtió en la figura dominante en el gobierno, se rodeó de ministros amigos y entregó -como quien tira un hueso a un perro- algunas carteras al MFA, al PS y al PC. Palma Carlos, incondicional suyo, fue nombrado primer ministro.

El que el MFA comenzara a consolidarse como una organización política de la baja oficialidad reflejaba, a su manera, la crisis revolucionaria en las filas del ejército. Es totalmente ‘anormal’ que una organización pública de oficiales jóvenes codirija un ejército burgués, ya que la esencia de éste es la más absoluta disciplina jerárquica y el acatamiento a los altos mandos. Si Spínola tuvo que aceptar esta “anormalidad” e incorporarla al gobierno, ello se debió a que así se lo imponía el ascenso del movimiento de masas. Por otra parte, pensaba que de esta manera podría canalizar la rebeldía de la oficialidad joven y los suboficiales hacia los cauces normales de la más estricta disciplina castrense, imprescindible para sostener al gobierno al que los había integrado. Pero el MFA -y esto debemos tenerlo bien presente- no era lo mismo que la alta oficialidad. Y se resistía a disolverse en el acatamiento disciplinado a ésta. Reflejaba así en el ejército a la moderna clase media, cuyas expectativas no eran idénticas a las de Spínola y la oligarquía portuguesa.

La participación del Partido Comunista en el gobierno era un fenómeno nuevo en la política europea de los últimos veinticinco años, desde la última postguerra. Si exceptuamos a Chile, también lo era en el mundo occidental. La formación de este gobierno frentepopulista, de colaboración de clases, es un reconocimiento, por parte del imperialismo y la burguesía portuguesa, de que se las tiene que ver con una revolución obrera en curso. Precisamente por eso, se vieron obligados, aunque a regañadientes, a aceptar los solícitos arrumacos colaboracionistas de los partidos Socialista y Comunista.

El PC respondió desde el gobierno a las expectativas de sus flamantes aliados burgueses e imperialistas. Lo hizo reemplazando la exigencia de 6.000 escudos de salario mínimo por la de sólo 3.500 y comenzó a “condenar a determinadas luchas obreras por ‘irresponsables’ o ‘promovidas por el fascismo’ como ocurrió, por ejemplo con la huelga nacional de los trabajadores de correos en junio del 74”. (Aldo Romero, “Portugal, ¿reconstrucción o revolución?”, Revista de América, No 1)

Pese a esta política, y a la igualmente traidora del Partido Socialista --insistimos con la del primero porque tiene mucha mayor influencia sobre los activistas sindicales y no porque este último haya sido menos colaboracionista--, el movimiento obrero siguió adelante. Comenzó a superar la atomización de los sindicatos por oficio, heredada del fascismo --y de la vieja tradición anarcosindicalista-- y se lanzó a organizar comisiones obreras en las grandes fábricas (el stalinismo alentó el desarrollo de los sindicatos por industria y, al mismo tiempo, lo utilizó para crear una organización centralizada de sindicatos de industria, la Intersindical, a la que impuso

una dirección designada a dedo por él mismo). Contra las recomendaciones del stalinismo, los trabajadores continuaron haciendo huelgas salvajes, aunque de carácter aislado, enmarcadas en el ligero reflujó del conjunto del movimiento obrero, provocado por los llamados a la pasividad de los partidos reformistas.

2.- Crisis del gobierno Spínola: el MFA coparticipa del poder y se impone la Asamblea Constituyente

Pese a la buena voluntad de los partidos obreros reformistas, el gobierno de Spínola vivió de crisis en crisis, hasta que el movimiento de masas lo echó. Las leyes de la lucha de clases siempre son más poderosas que los proyectos reformistas. La gran burguesía, dividida al final del gobierno de Caetano alrededor de la conveniencia o no de terminar con la guerra colonial y “democratizar” al régimen fascista, volvió a unirse, después del 25 de abril de 1974, detrás de Spínola. Para frenar al movimiento obrero y de masas utilizó, con bastante éxito, a los representantes pequeño-burgueses de la clase obrera (los partidos reformistas) y de la moderna clase media dentro del Ejército (el MFA). Pero precisamente el éxito obtenido, es decir, el freno puesto al movimiento obrero, con su consiguiente debilitamiento, iba haciendo innecesaria para la burguesía a la democracia pequeño burguesa. Y es así como intentó, a través de Spínola, no sólo dar marcha atrás a la revolución obrera en curso, sino también a las conquistas democráticas ya logradas o que se estaban planteando.

Este proyecto, de triunfar, habría significado la transformación del gobierno en bonapartista, puesto que no se puede aplastar definitivamente al movimiento obrero y a sus conquistas democráticas desde, un gobierno de frente popular, ni puede sobrevivir un gobierno de frente popular cuando el movimiento obrero ha sido derrotado. No es casual, por lo tanto, que parte importante del esfuerzo burgués por hacer retroceder a la revolución haya sido acompañado, por un lado, de una fuerte campaña anticomunista y, por el otro, de recios choques con el MFA. La burguesía, por lo tanto, después de haberla utilizado para frenar al movimiento obrero y de masas, entraba en conflicto con la democracia pequeño burguesa, la cual quería colaborar con el gobierno de Spínola pero dentro de un régimen democrático-burgués de respeto a los partidos obreros y al MFA.

Esta disputa entre los dos sectores del gobierno se concretó alrededor de la cuestión de si debía llamarse a elecciones presidenciales o de Constituyente. Spínola y la gran burguesía sostenían la necesidad de un gobierno fuerte, autoritario, y consideraban, por lo tanto, imperativo y urgente imponer un régimen bonapartista por medio de una elección presidencial que, de hecho, no sería otra cosa que la plebiscitación de Spínola. Pensaban así terminar de frenar y, si era necesario, aplastar al movimiento obrero, al tiempo que se desembarazaban de los capitanes del MFA y de los partidos obreros, muy especialmente del PC, molesto agente de Moscú, en un gobierno que pretendía seguir en la NATO y el Pacto Ibérico, e ingresar al Mercado Común Europeo. La democracia pequeño burguesa se oponía a este proyecto y abogaba, en aquel entonces en forma unida, por la Asamblea Constituyente.

El otro motivo de disputa era la cuestión colonial. U revolución en el África portuguesa se veía grandemente favorecida por el proceso abierto en la metrópoli, Los soldados negros del ejército portugués comenzaban a desertar y los soldados, suboficiales y oficiales blancos empezaban a exigir la vuelta al hogar. Al mismo tiempo, según relata un soldado trotskista portugués entrevistado por Gerry Foley (Revista de América, N° 4), “*en el período que sucedió al 25 de*

abril de 1974, cuando proseguía la lucha contra los spinolistas, quienes se oponían a la descolonización y buscaban una solución neocolonialista, hubo algunas luchas ante los envíos masivos de tropas a Angola. Algunos grupos de soldados inclusive se negaron a ir.” Frente a esta situación, la gran burguesía y su representante, Spínola, aspiraban a negociar el fin de la guerra desde una posición de fuerza, para imponer a las colonias su transformación en provincias o estados asociados al imperio. La democracia pequeño burguesa, por su parte, quería negociar la independencia con los movimientos de liberación nacional; una independencia condicionada y favorable al imperio, pero independencia al fin.

En julio de 1974, esta crisis se hizo pública cuando Palma Carlos declaró que para impedir la anarquía había que llamar a elecciones presidenciales y no a las de Constituyente. Aunque el movimiento obrero había sido desmovilizado, la combinación del ascenso de la revolución colonial, la crisis del ejército y la desesperación de la democracia pequeño-burguesa obligaron a Spínola a desprenderse de su primer ministro y nombrar en su reemplazo a Vasco Goncalves. De esta manera aceptaba la plena participación del MFA en el gobierno. Triunfó así la política de la democracia pequeño burguesa: se llamaría a elecciones constituyentes y se negociararía la independencia de las colonias. Fue una derrota parcial de la contrarrevolución burguesa spinolista que, en corto tiempo, entre agosto y septiembre, se manifestará en el reconocimiento de la independencia de Guinea-Bissau y Mozambique.

3. Las masas liquidan al gobierno de Spínola

Pero, luego del traspie, Spínola preparó el contraataque, ayudado indirectamente por el congelamiento de las luchas obreras y populares que habían provocado el MFA y los partidos reformistas. De acuerdo con éstos, comenzó por atacar la libertad de prensa prohibiendo un diario maoísta. Siguió adelante promulgando una ley contra el derecho de huelga y organizando una nueva región militar en Lisboa, el COPCON (Comando Operacional del Continente), con el claro, objetivo contrarrevolucionario de “*intervenir directamente en apoyo de las autoridades y a sus órdenes, para mantener y restablecer el orden*” Inmediatamente, el COPCON entró en acción para “*reprimir huelgas y manifestaciones de pequeños grupos de izquierda*”. (Gus Horowitz, Op. cit.)

Como señala Romero en el artículo de Revista de América No 1 ya citado, se produjeron entonces “*medidas represivas y antiobreras de los sectores más reaccionarios: violenta represión de una manifestación de apoyo al MPLA con el saldo de un muerto y varios heridos de bala, prohibición de manifestaciones obreras, intervención militar contra la huelga de los trabajadores de transportes Aéreos Portugueses (..)*”. Nuevamente la gran burguesía y Spínola comenzaban a sentirse fuertes, hasta el grado de pronunciarse públicamente contra la independencia de Angola y de chocar a la vista de todos con el MFA y Vasco Gonçalves. “*La tensión fue creciendo, mientras que desde la presidencia y otros sectores del gobierno comenzaron a lanzarse claros alegatos anticomunistas y antiobreros. El 10 de septiembre, Spínola en persona hizo una convocatoria para que se movilizara una supuesta “mayoría silenciosa” para poner fin a la anarquía, y el 28 del mismo mes se montó una provocación que debía servir de cobertura o pretexto para dar un autogolpe que posibilitara la declaración del Estado de Sitio, y la asunción de plenos poderes por Spínola*”.

El golpe contrarrevolucionario en ciernes obligó al Partido Comunista, el más amenazado, a salir a defenderse a la desesperada, llamando a las masas a combatir. Estas respondieron con una

audacia y decisión que aplastó el primer intento contrarrevolucionario de la burguesía portuguesa (que, dicho sea al pasar, cerraba en los hechos la polémica sociológica acerca de si esa burguesía era reaccionaria o albergaba en su seno sectores “progresistas”. Según relata Romero en “Intercontinental Press” (citado por Horowitz en el artículo que aquí publicamos), los obreros *“actuaron adelantándose al MFA e independientemente de éste y el gobierno provisional y prestaron mayor atención a las instrucciones del PC y la Intersindical que a las de los militares”*. En buen romance, pese a que el MFA también estaba amenazado por el golpe, su actuación fue lamentable. La movilización obrera y popular frenó así el golpe contrarrevolucionario y salvó y elevó al poder a la democracia pequeño burguesa, principalmente al MFA, que se había esforzado durante meses por dismantelar esa misma movilización.

4.- El gobierno MFA-PC-PS frena a las masas

El gran triunfo del movimiento obrero y de masas --y del propio PC, que intervino de lleno en la movilización contra Spínola-- obligó a la gran burguesía a cambiar de política y de gobierno. El general duro, a la antigua, que quería imponer en todo el país la disciplina de los cuarteles, fue reemplazado por su *“amigo civilizado”*, que acostumbra a *“conversar, no a mandar”*: el general Costa Gomes. La burguesía se había convencido de que, por el momento, no podía regimenter y derrotar al movimiento obrero y de masas. Por eso buscó entre sus servidores a un gran negociador capaz de utilizar, a la democracia pequeño-burguesa para desacelerarlo, frenarlo y, por último, derrotarlo.

La nueva política burguesa abandonó momentáneamente toda veleidad bonapartista y se orientó hacia las formas parlamentarias de dominio: aceptó la Asamblea Constituyente.

El plan burgués tenía a su disposición tres herramientas de primer orden, todas ellas pequeño burguesas. El MFA se encargaría de apaciguar a los soldados, suboficiales y oficiales radicalizados, para volver a disciplinar a las fuerzas armadas. El Partido Comunista, dispuesto como de costumbre a colaborar con el gobierno burgués de turno, se ocuparía de evitar las movilizaciones y de controlar a la organización sindical. El Partido Socialista, que según todos los informes ganaría cualquier elección, garantizaría la inocuidad de la Asamblea Constituyente y de toda otra variante electoral y parlamentaria que pudiese presentarse.

Bajo el nuevo gobierno, la lucha de clases repetirá, pero en un plano más elevado, la misma secuencia que bajo Spínola. Primero, la política colaboracionista de las direcciones provocará un ligero repliegue del movimiento obrero. Luego, éste volverá a levantarse en una impetuosa movilización.

El MFA en el gobierno llamó, por boca de Vasco Gonçalves a los *“domingos de trabajo”*, y comenzó a insistir en que la gran batalla, era, por la producción. Dicha *“batalla”* se mostró parte de un plan económico de emergencia proclamado el 21 de febrero pasado, cuya esencia era total y absolutamente capitalista: tratar de salvar la economía burguesa a costa de mayor explotación de los trabajadores. Asegurado el apoyo de los partidos obreros a este plan, el MFA fue más allá y trató de conciliar políticamente con la gran burguesía y sus representantes. Comenzó una campaña cuidadosa a favor de Spínola, liberándolo de responsabilidad en el anterior intento de golpe, por haber sido involucrado en él con *“engaños”*. No publicó las investigaciones sobre los responsables de la intentona. No adoptó medidas contra la oligarquía comprometida en ella. Dejó prácticamente sin purgar al ejército de los oficiales reaccionarios. Y, como muestra de afecto a

los amigos de la oligarquía de allende las fronteras, en febrero la guardia fiscal portuguesa devolvió un militante de izquierda español a la policía política franquista.

Mientras tanto, la situación económica empeoraba a pasos agigantados. La desocupación castigaba ya a más de 200.000 personas, cifra que supera el 7% de la población trabajadora. Los capitales comenzaban a fugar hacia el exterior. Algunas empresas eran abandonadas por sus dueños. El imperialismo empezó a bloquear económicamente a la revolución.

5. Comienza un nuevo ascenso del movimiento obrero y de masas

A fines del año pasado y comienzos del presente, el movimiento obrero y de masas empezó a enfrentar estas calamidades. *“La caída de Spínola -dice Romero en el artículo citado de Revista de América N° 1- fue seguida por un relativo impasse de las luchas obreras, pero desde comienzos de 1975 la resistencia popular se ha intensificado de una manera espectacular (..)”* y sigue: *“otro terreno de lucha ha sido naturalmente el mejoramiento de las condiciones, de vida, particularmente a nivel fabril. En ese sentido las reivindicaciones han sido innumerables (ritmos de trabajo, condiciones de seguridad e higiene, equipos, comedores, etc.). Las exigencias más extendidas son, en este momento, la estabilidad en el trabajo y aumentos salariales.”* La revolución daba sus primeros pasos en el campo: los trabajadores agrícolas y campesinos pobres empezaban a organizarse y combatir la desocupación. Las movilizaciones no limitaron sus objetivos a la estabilidad y aumentos salariales; éstos los llevaron a otras consignas más generales y revolucionarias: *“innumerables asambleas obreras de fábricas en lucha han votado mociones a favor de la nacionalización de empresas que amenazan con despidos, o, más en general, de los monopolios”*.

Paralelamente, junto a las huelgas, se generalizaban otros métodos de lucha. La primera ocupación de importancia fue resaltada así por *“Le Monde Diplomatique”* (junio de 1975): *“El 7 de febrero fue una fecha significativa: ese día, siete mil trabajadores de las comisiones obreras de Lisnave, por primera vez en la historia de Portugal, pusieron en tela de juicio la propiedad de los medios de producción -sin aventurarse todavía sobre el terreno de la autogestión-”*. El método de la ocupación se extenderá, a partir de allí, no sólo a los establecimientos sino también a las casas de fascistas y burgueses o simplemente desocupadas.

Surgirán también intentos de controlar la producción. En algunas empresas se *“impide el ingreso de los patrones”*.

Al mismo tiempo, la organización del movimiento obrero se masificaba y adquiría un carácter cada vez más directo. El ascenso revolucionario combinaba la organización de sindicatos por oficio heredada del fascismo con el surgimiento de sindicatos por industria, con la central que intenta agruparlos -la Intersindical- y con los comités de base por fábricas (las comisiones obreras), barrios y de todo otro orden. El salto espectacular que sacude a la vida social y política portuguesa desde la caída de Caetano provoca así la existencia simultánea de: las organizaciones gremiales por oficio, típicas de los comienzos del movimiento sindical; los sindicatos por industria y su central, propios de la época capitalista; y los comités de base, característicos de este período de decadencia capitalista y transición al socialismo. El surgimiento de los sindicatos industriales y los comités de base -terreno este último en que la clase obrera lleva la delantera a los otros sectores (inquilinos, soldados, etc.), puesto que después del 11 de marzo se constituyeron en la mayoría de las fábricas importantes- apunta a la liquidación de los sindicatos

por oficio. Las dos formas de organización (sindicatos por industria y comités de base) coinciden en la necesidad de una organización industrial única en todos los niveles -fábrica, gremio, país- pero, al mismo tiempo, son profundamente diferentes. La primera, institucionalizada desde hace más de medio siglo por el capitalismo, se presta mucho más a la burocratización que los comités, íntimamente ligados a las bases, que las reflejan mejor que los sindicatos y que sólo nacen en períodos de intensa movilización obrera como el que atraviesa Portugal. Esta diferencia se evidenció en el hecho de que, con pocos días de diferencia, se produjeran dos manifestaciones: una de ellas, el 14 de enero, convocada por la Intersindical y dirigida por el PC, para exigir su reconocimiento oficial, agrupó entre 100.000 y 200.000 personas; la otra, de gran combatividad, convocada el 7 de febrero por las “comisiones interempresas” y dirigida por la ultra izquierda maoísta, se concentró frente al Ministerio de Trabajo para protestar contra los despidos, las maniobras patronales y la presencia de la NATO en Portugal. Seis días después de la primera, el 20 de enero, el gobierno promulgó una ley por la que favorecía a la central única y transformaba de hecho a la Intersindical en su núcleo inicial. La Intersindical es una gran conquista del movimiento obrero, pero distorsionada por el stalinismo, que la burocratizó desde el comienzo y digitó a su dirección para ponerla al servicio del gobierno burgués. De cualquier manera, el proceso de luchas no podía dejar de reflejarse en la búsqueda de direcciones combativas y clasistas. Recientemente -nos comenta Romero en Revista de América No 1- *“las listas sindicales impulsadas por el PCP sufrieron derrotas espectaculares en Correos, y en el Sindicato Bancario de Porto”*.

El ejército, por su parte, no quedó inmune al ascenso del movimiento de masas, El triunfo llevó al MFA a impulsar discusiones de adoctrinamiento en los cuarteles. Pero éstas no rebasaban los límites de la disciplina. En la entrevista ya citada de Gerry Foley se relata cómo un soldado fue sancionado porque se atrevió. a hacer, en el curso de una de esas charlas, una pregunta envenenada al comandante. Así y todo, significaron un progreso importante, porque introdujeron la discusión política en los cuarteles.

Todo comenzó a cambiar desde enero de este año. *“Un clima deliberativo se extiende por la base, y junto con el rechazo a las arbitrariedades disciplinarias, las reivindicaciones colectivas y protestas no son extrañas. Señalemos también hechos como el ocurrido recientemente [el 8 de febrero] cuando fuerzas del COPCON -Comando de Operaciones del Continente- fueron desplazadas para contener una manifestación obrera no autorizada: enfrentados a los manifestantes los soldados dieron media vuelta apuntando sus armas en otra dirección, y levantando los puños gritaron ‘Marineros y Soldados/también son explotados.’”* (Romero, Revista de América N° 1.)

6. La contrarrevolución spinolista

El ascenso generalizado de los trabajadores y el pueblo provocó una nueva división en la burguesía portuguesa. Un sector minoritario, representado por Costa Gomes, siguió jugando sus cartas a la Asamblea Constituyente, a la traición de los partidos Socialista y Comunista, y a la utilización del MFA. En resumen, al frente popular. La mayor parte, desesperada, perdió la paciencia y se lanzó tras Spínola a preparar el golpe de estado, en un renovado intento bonapartista.

El hecho de que el terror de la burguesía se reflejara también dentro de la oficialidad del ejército ayudaba al nuevo plan golpista. El “New York Times” comentaba, por esa época, que aquélla se

inclinaba hacia la derecha. Un hecho sintomático le daría la razón: las elecciones a los Consejos de Armas, convocadas por el MFA, fueron ganadas por los oficiales más reaccionarios, enemigos jurados del propio MFA. Este se mostró incapaz de desconocer sus resultados, pese a que lo perjudicaban y a que constituían parte de la preparación del proyectado golpe.

El MFA comenzó a dudar sobre la mejor manera de frenar y derrotar a la revolución. Se le abrían dos opciones: por un lado, la que tendía -con la Constituyente- a un régimen parlamentario; por el otro, la perspectiva de un régimen directamente dictatorial, bonapartista. La urgencia en superar la crisis de su régimen lo inclinaba a tratar de suprimir sus contradicciones por la vía del bonapartismo.

La crisis general y las profundas diferencias en el seno del MFA, debidas al ascenso, se expresaron también en la lucha entre los partidos Comunista y Socialista. Lucha ésta que se fue agudizando hasta tal grado que llegaron a programarse para el 30 de diciembre dos manifestaciones opuestas que estuvieron a punto de enfrentarse. Las razones de esta disputa radican en que, si bien ninguno de los dos partidos defiende los intereses de la clase obrera (y en esto son iguales), ambos tienen intereses específicos distintos.

El curso a la derecha de la oficialidad, la derrota electoral del MFA dentro del ejército y su consiguiente 'impasse', la pugna entre los dos grandes partidos obreros, las dudas sobre el llamado a la Asamblea Constituyente, todos estos elementos hicieron creer al ala ultra reaccionaria y desesperada de la gran burguesía y de la oficialidad que había llegado el momento de la revancha. Acaudillada por Spínola se lanzó, por fin, al golpe contrarrevolucionario. Su ecuación era casi completa, pero le faltaba una incógnita, la reacción de la clase obrera, del movimiento de masas y de los soldados. Esta fue terrorífica, los obreros y soldados se lanzaron a ocupar fábricas y cuarteles. El fracaso del putsch fue estrepitoso, lo que llevó a la prensa imperialista a afirmar que posiblemente había sido una provocación. No fue así, tenía un gran apoyo en la oficialidad y había sido cuidadosamente preparado. Lo que conspiró contra su éxito fue la rapidez de la respuesta popular y su mayor combatividad, en relación al anterior putsch de Spínola. Si la Intersindical y las manifestaciones y barricadas caracterizaron la respuesta al primer 'putsch', los comités de obreros y soldados, con sus ocupaciones, caracterizaron la respuesta al segundo intento spinolista.

IV EL 'PUTSCH' DEL 11 DE MARZO ABRE UNA ETAPA REVOLUCIONARIA

1.- Cuatro nuevos hechos decisivos

La derrota de Spínola por el movimiento de masas produjo una serie de nuevos hechos que, combinados entre sí, inauguraron una nueva etapa de la revolución portuguesa. Cuatro de esos hechos son los más decisivos:

Primero: la burguesía se esfuma política y físicamente como clase. La fuga de Spínola no ha sido un hecho intrascendente, sino de enorme importancia sintomática y política. Junto con él se han fugado de Portugal miles y miles de burgueses, aterrorizados por la fuerza del movimiento de masas. Algunas de las más grandes familias oligárquicas y toda la banca fueron expropiadas. Grandes burgueses, como los Champalimaud, fueron encarcelados. Ha sido un golpe muy duro para la burguesía contrarrevolucionaria, del que le va a costar trabajo y tiempo recuperarse. Física y políticamente se ha esfumado por un tiempo de la escena económica y política. Sólo ha quedado su sombra.

Segundo: la crisis económica y social, ya muy aguda, se agrava hasta límites insoportables. La burguesía, al irse, ha abandonado muchas empresas. Cuando ha podido, ha retirado sus fondos; si no, ha dejado de invertir. La desocupación, que ya era grave -cerca del 7%-, ha trepado al 8% y sigue subiendo, afectando ya a 800.000 personas. La producción viene decayendo. A esto se suma el que comienzan a regresar a Portugal los colonos de las ex-posesiones africanas, agravando la desocupación y reforzando a los sectores contrarrevolucionarios. Ante esta situación, el turismo ha decaído y la crisis de la balanza de pagos se viene profundizando. La situación se ha agravado más aun porque las grandes potencias imperialistas no invierten un solo dólar en Portugal.

Tercero: se generalizan las ocupaciones de fábricas, establecimientos y casas y comienzan las de tierras; se desarrollan las comisiones obreras y de inquilinos y se esbozan algunas de campesinos. Todos los comentaristas han relatado cómo, después del 'putsch' de Spínola, fueron ocupados los bancos. Romero, en sus diferentes artículos publicados hasta el No 4 de Revista de América, señala incidentalmente las ocupaciones de empresas y las comisiones obreras, pero no les da ninguna importancia sintomática. Horowitz, en su única mención al respecto en el artículo reproducido en esta edición, dice al pasar que "*las ocupaciones de fábricas y oficinas; también se extendieron*". Livio Maitan, por su parte, también da escasa importancia a la cuestión, aunque algo (muy poco) dice: "*La amplitud y dinamismo de la movilización de los últimos meses, la multiplicación de huelgas y ocupaciones de fábrica y la extensión de organismos democráticos revolucionarios surgidos de la base y con manifestaciones políticas (...) del 7 de febrero (...) por las Comisiones Obreras*". (L. Maitan, "El papel del MFA de Portugal", en este número de Revista de América. Además de esto, el autor señala que la manifestación estuvo dirigida por los maoístas. Gerry Foley, por su parte, expresa que: "*los comités de fábricas no existen aún en todo el país, pero cumplen funciones importantes en las grandes empresas (...) El Comité Obrero, elegido en asamblea de toda la fábrica, representa mejor a la fuerza laboral que los sindicatos fragmentarios. Es también, mucho más democrático.*" Más adelante nos relata cómo, en Oporto, "*en la noche del 11 de marzo, estos comités organizaron piquetes de vigilancia*". Estos comités y piquetes de la fábrica citada siguieron funcionando para "*echar a los derechistas de la administración y el taller*". (Gerry Foley, "Portugal ante las elecciones", Revista de América No 3) "Combate Socialista" en uno de sus números, sin darle ninguna importancia, nos informa de la

profunda tendencia a la centralización de esas comisiones obreras, cuando consigna que existe una “*comisión coordinadora de las comisiones de CUF*” (el más importante grupo monopólico de Portugal). Y confirma a Livio Maitan en relación a la manifestación del 7 de febrero (a la que caracteriza como un ejemplo de combatividad), convocada por una “*comisión interempresas*”. Finalmente, exagere o no el lúcido comentarista de “*Le Monde Diplomatique*” (junio 1975), está cerca de la verdad cuando afirma que “*Las ocupaciones de fábricas, predios, palacios e inmuebles ---estos últimos rápidamente transformados en clínicas populares, en centros de socorros mutuos, casas cuna, en lugares de recreación o de descanso o en sedes de organizaciones populares- han tomado por sorpresa a los partidos de la coalición [...] sin embargo, el PCP y la Intersindical estaban perdiendo velocidad, mientras que las organizaciones y los comités de base consolidaban su contrapoder.*”

Cuarto: la crisis en el ejército adquiere una nueva magnitud, con la fuga de los oficiales reaccionarios, la extensión de los comités, y las asambleas de soldados y suboficiales, que comienzan a cuestionar a la jerarquía militar. De todos los nuevos hechos, el más importante es el que comienza a darse en las fuerzas armadas, así descrito a Gerry Folley por un soldado: “*Después del 11 de marzo los soldados realizaron una asamblea general. Echaron no sólo al comandante y segundo jefe, sino también a todos los oficiales spinolistas hasta el grado de sargento. También echaron a un cabo primero, aunque era primo del general. Galvão de Melo. Los camaradas comprendieron la necesidad de seguir adelante y tomar el cuartel. La asamblea general resolvió crear varios comités. (..) Con la purga -dice más adelante- fue quebrada la jerarquía militar, ya que los jefes expulsados fueron reemplazados por oficiales subalternos*”. En Coimbra, “*las bases habían echado a dos oficiales asignados al cuartel por el Conselho da Revolução*”. En el mismo artículo de Gerry Folley (Revista de América, No 4) el soldado señala que “*en la Marina, donde la conciencia política de la base es más elevada, existe un comité de marineros que discute las órdenes emanadas de los oficiales, pudiendo aceptarlas o rechazarlas*”. Y Romero (Revista de América No 4) lo confirma: “*El 1o de Mayo, algunos centenares de marineros de todas las graduaciones participaron en la manifestación, en acuerdo con lo resuelto en Asambleas generales de sus bases y algunos navíos -posteriormente, una ‘orden superior’ ratificó la decisión tomada democráticamente-*”. Todos estos hechos indican la dinámica que ha tomado la situación dentro de las fuerzas armadas burguesas, Pero son sólo su comienzo; aún no se han generalizado ni llegado al punto cualitativo en que el ejército comienza el tránsito hacia su desmoronamiento total y definitivo: el nombramiento de los oficiales por los soldados mediante la promoción de los suboficiales. Junto con este proceso de base, la derrota del ‘putsch’ dio al timorato MFA ánimos suficientes como para anular las elecciones a los Consejos de Armas que, como ya hemos visto, le habían sido desfavorables.

2. El Programa de Transición define esta situación

Tanto en relación a las ocupaciones como a las comisiones de fábrica y establecimientos, el Programa de Transición es categórico:

“Las huelgas con ocupación de fábricas, una de las más recientes manifestaciones de esta iniciativa, rebasan los límites del régimen capitalista normal. Independientemente de las reivindicaciones de los huelguistas, la ocupación temporaria de las empresas asesta un golpe al ídolo de la propiedad capitalista. Toda huelga de ocupación plantea prácticamente el problema de saber quién es el dueño de la fábrica: el capitalista o los obreros. Si la ocupación promueve esta cuestión episódicamente, el comité de fábrica da a la misma una expresión organizativa (...)

A partir del momento de la aparición del comité de fábrica, se establece de hecho una dualidad de poder. Por su esencia, ella tiene algo de transitorio porque encierra en sí misma dos regímenes inconciliables: el régimen capitalista y el régimen proletario. La principal importancia de los Comités de Fábrica consiste precisamente en abrir un período prerrevolucionario, ya que no directamente revolucionario, entre el régimen burgués y el régimen proletario.” (Trotsky, “Programa de Transición”, Pluma, Buenos Aires, 1973, pág. 15, subrayado de Trotsky).

Como ya vimos, en Portugal no sólo tenemos ocupaciones y comisiones obreras por doquier, sino algo mucho más importante: la crisis de las fuerzas armadas y los gérmenes de poder dual en su propio seno.

3. Una situación revolucionaria

Para algunos marxistas, la situación portuguesa “*evoluciona o madura hacia una situación prerrevolucionaria*”. Creemos que esta definición es errónea. Hasta el 11 de marzo, hubo una situación prerrevolucionaria y, desde esa fecha, ha comenzado a madurar una situación revolucionaria, si es que no estamos ya plenamente en ella. Optarnos por la definición de Trotsky, los comités de fábrica son un síntoma de que, como mínimo, se ha abierto “un período prerrevolucionario, ya que no directamente revolucionario”. Nosotros creemos que, si a las ocupaciones y comisiones agregamos la crisis en el ejército, con sus comités y asambleas de soldados y sus purgas de oficiales reaccionarios, estamos ya en una situación directamente revolucionaria. Y con más razón aun, si tenemos en cuenta la situación de la burguesía y de la economía portuguesas. Refiriéndose a sucesos de mucha menor magnitud en el seno del ejército francés en 1936, Trotsky les asignaba una importancia muy grande: “La lucha de los soldados contra el ‘rabioteo’ (prolongación del servicio militar) significaba la norma de acción directa de las masas más peligrosa contra el poder burgués”. (León Trotsky, “¿Adónde va Francia?“, Ed. Pluma, Buenos Aires, 1974, pág. 151.) Ahora bien, Trotsky consideraba a la acción directa de las masas causa de la situación revolucionaria: “*Las masas obreras crean ahora una situación revolucionaria con ayuda de la acción directa.*” (Op. cit., pág. 147.). Con mayor razón, entonces, “*la forma más peligrosa*” de esa acción.

A nuestra definición se le pueden señalar dos carencias: la inexistencia de soviets y del partido revolucionario con influencia de masas.

Creemos que la primera objeción da un carácter absoluto a la importancia de los soviets. Hay compañeros que hasta opinan que, si no existen, no hay poder dual ni situación revolucionaria. Concordamos con que en Portugal no hay más que mezquinos brotes soviéticos, ya lo hemos dicho; pero, hay un poder dual concretado en las ocupaciones y las comisiones obreras. Este poder dual es molecular, espontáneo en gran medida, pero existe y se da en forma generalizada en todos los rincones del país. Es un poder dual más atrasado que los soviets, pero poder dual al fin. Lo mismo podemos decir de la situación de las fuerzas armadas: no se organizaron soviets, pero el proceso es de desarrollo de un vigoroso poder dual, que está en sus primeros atisbos, pero que es suficiente para conmover la estructura del pilar fundamental del régimen capitalista.

La segunda objeción, referente a la no existencia del partido revolucionario, puede basarse muy bien en la definición de Trotsky, algunas veces repetida, sobre las cuatro condiciones básicas para el triunfo revolucionario: desconcierto y división en la clase dominante, vuelco a salidas

revolucionarias de la clase media, disposición revolucionaria de la clase obrera, existencia de un fuerte partido marxista revolucionario que se plantee la toma del poder. Las tres primeras condiciones están nítidamente dadas en Portugal; pero la última, el partido revolucionario fuerte, no lo está.

Para el análisis clásico trotskista, la ausencia del factor subjetivo, “el partido”, en el marco de las otras tres condiciones, caracterizaba las situaciones prerrevolucionarias. Desde un punto de vista formal, la situación portuguesa entraría, pues, dentro de esta categoría. Esto es lo que probablemente hayan tomado en cuenta quienes definen la situación portuguesa como madurando a prerrevolucionaria.

Ahora bien, si razonamos así, serían situaciones prerrevolucionarias, con - diferencias sólo de intensidad, cuantitativas, tanto la boliviana del 52 (cuando se había derrumbado el aparato del estado burgués, el ejército había sido derrotado por la clase obrera y sólo existían las milicias armadas obreras y campesinas), la española durante la guerra civil, o la china al final de Chiang Kai-shek, por un lado, como, por otro lado, situaciones tales como la Argentina después del cordobazo o la francesa antes del 36, en las que no se dieron ni el armamento del proletariado, ni el surgimiento de organismos de poder dual, ni la destrucción o crisis del ejército burgués. Es evidente, sin embargo, que entre las tres primeras y las dos últimas se dan diferencias cualitativas, profundas, que quedan oscurecidas si las agrupamos a todas bajo la común denominación de prerrevolucionarias. Argentina tras el cordobazo y Francia antes de 1936 son, para nosotros, situaciones prerrevolucionarias. Bolivia en 1952, España durante la guerra civil y China al final de Chiang Kai-shek fueron mucho más allá: son situaciones revolucionarias. No revolucionarias clásicas, porque en ellas falta el partido marxista revolucionario, sino revolucionarias “sui generis”.

Trotsky, en varias circunstancias, puntualizó que podían darse situaciones revolucionarias “anormales” que no se ajustaran a las condiciones clásicas. En un artículo premonitorio, titulado “Qué es una situación revolucionaria” dice:

“No está excluido que la transformación revolucionaria general del proletariado y de la clase media y la desintegración política de la clase dirigente pueda desarrollarse más rápidamente que la maduración del Partido Comunista. Esto significa que puede desarrollarse una genuina situación revolucionaria sin un adecuado partido revolucionario. Sería la repetición en cierto grado de la situación de Alemania en 1923”. (Trotsky, “Writings 1930-193V”, Pathfinder, New York, 1973, pág. 354, subrayado nuestro)

Es decir que, según Trotsky, cuando el peso de los factores objetivos se da en forma muy aguda, puede darse una situación revolucionaria aunque falte el partido revolucionario. Posteriormente, en forma elíptica, sin tocar directamente el tema, volvió a dar una nueva definición hipotética de la situación revolucionaria “anormal”. Al referirse a las posibilidades históricas de la instauración de gobiernos obreros y campesinos constituidos por los partidos reformistas pequeño burgueses, señaló que ello podía darse como consecuencia de la “*guerra, derrota, crack financiero, ofensiva revolucionaria de las masas, etc.*” (“Programa de Transición”, ídem, pág. 33) Estas condiciones y otras no señaladas podían, pues, originar una situación que condujera al gobierno obrero y campesino, revolucionario, antesala de la dictadura del proletariado, sin la condición del partido marxista revolucionario.

En Portugal tenemos reunidas y sobrecargadas las condiciones de una situación revolucionaria, según nosotros “sui generis”, tal cual fue prevista por Trotsky. Hubo “guerra” y “derrota”; hay crisis económica y una “*ofensiva revolucionaria de las masas*” ‘así como una “*transformación revolucionaria general del proletariado y la clase media y la desintegración política de la clase dirigente*”.

4. El rol orgánicamente contrarrevolucionario del MFA-PC-PS cierra toda posibilidad de que Portugal sea China o Cuba

Esta posibilidad de constitución de gobiernos obreros y campesinos, que Trotsky consideraba muy remota -aclaremos, al pasar, que porque creía, entre otras cosas que en los países occidentales la revolución llegaría inmediatamente después de la guerra-, fue la constante en la segunda postguerra. Las revoluciones china, indochina, coreana, cubana, siguieron esas pautas. Ello nos llevó a sostener que se trataba de situaciones revolucionarias “sui generis”, que no concordaban con el esquema clásico. Hicimos un esfuerzo por definir esta nueva situación revolucionaria y señalamos que estaba caracterizada por el hecho de que los factores objetivos señalados por Trotsky adquirirían un carácter permanente, crónico. En nuestra opinión, las situaciones revolucionarias que hemos visto en esta postguerra han sido provocadas por el enorme peso de la situación objetiva. Fundamentalmente, por una crisis económica y social de carácter crónico que llevó a las masas pequeño burguesas a un ascenso revolucionario muy agudo y obligó a sus partidos a romper con el imperialismo y los terratenientes, volcándose a una guerra de guerrillas que destruyó el abarato represivo del régimen burgués. Es un enfoque diametralmente opuesto al del guerrillerismo guevarista, para el cual la situación revolucionaria es desencadenada esencialmente por un factor subjetivo, el grupo guerrillero o la vanguardia armada que da ejemplos heroicos a las masas.

La situación internacional ayudó o facilitó la guerra de guerrillas de los partidos pequeños burgueses. La guerra ínter imperialista, la crisis y reconversión del imperialismo durante la inmediata postguerra y la “guerra fría” permitieron a esos partidos contar con un extenso campo de maniobras y los pusieron frente a una contrarrevolución debilitada, incapaz de enfrentar sólidamente unida a la revolución colonial pequeño burguesa. La guerra fría tuvo, a su manera, el mismo efecto: dividió al bloque contrarrevolucionario EE.UU.-burocracia soviética.

Otro elemento de peso considerable, y al que no se le ha dado la importancia que merece, es el factor subjetivo de la contrarrevolución.

Con justa razón, los trotskistas enfatizamos la importancia que tiene en el desarrollo del proceso revolucionario la política y la dirección de los partidos que se reclaman de la clase obrera. Otra es nuestra actitud frente a la política y la táctica de los dirigentes y partidos de los explotadores: no las analizamos con el mismo interés. Sin embargo, en una situación revolucionaria éstos son elementos de primera magnitud. La desastrosa --desde el punto de vista de sus propios intereses-- política de Chiang Kai-shek, de los imperialismos francés y yanqui, y de Batista y Washington tuvieron una influencia decisiva en los triunfos de las revoluciones china, indochina y cubana, respectivamente. Una política mucho más cuidadosa y afinada seguida en Bolivia y en Argelia por los imperialismos yanqui y francés, respectivamente, logró evitar triunfos revolucionarios en esos países.

Pero la situación internacional y subjetiva de la contrarrevolución ha cambiado radicalmente en

contra de la posibilidad de nuevos triunfos revolucionarios “sui generis”, tal como los hemos conocido en los últimos treinta años. La crisis en el frente contrarrevolucionario ha amainado y sus divisiones han vuelto a soldarse. El bloque de los países imperialistas con las burocracias de la URSS y China para enfrentar y desviar a la revolución es en la actualidad bastante sólido, sin grandes fisuras. Y todos ellos han aprendido de las “situaciones revolucionarias” nuevas. Nada lo demuestra mejor que el cambio de política del imperialismo francés desde Indochina hasta Argelia, Marruecos y Túnez. Exceptuando el reciente fin de la guerra de Vietnam, hace más de quince años (y no es por casualidad) que no se producen triunfos revolucionarios “sui generis”, que den origen a gobiernos obreros y campesinos. Y el triunfo en Indochina es producto de la combinación de la herencia de más de treinta años de guerrillas, desde la etapa de la guerra fría, con el movimiento de masas norteamericano y europeo contra la guerra imperialista.

Nosotros no decimos que estos triunfos no volverán a repetirse en los países coloniales o semicoloniales. Pero, para ello, tendrán que contar a su favor con un nuevo factor, mucho más poderoso que la sola crisis ínter imperialista o la guerra fría: el ascenso de movimiento de masas de los países metropolitanos. Tal es el caso de triunfo en Vietnam. Pero el frente único contrarrevolucionario EEUU-URSS-China también funciona allí para intentar obtener lo que el imperialismo francés logró en Argelia: retroceder del gobierno obrero y campesino a un régimen capitalista.

Todos estos son factores de primer orden para evitar que en Portugal se produzca un triunfo revolucionario “sui generis” y que ni siquiera nos aproximemos a una variante de gobierno obrero y campesino. Pero, aunque de primer orden, no significa que ellos sean el factor decisivo para hacer imposible dicha variante. El factor esencial que hace que en Portugal sea imposible que se dé una variante china o cubana es el carácter, de la pequeña burguesía portuguesa y de sus partidos.

El pronóstico que hace Trotsky en el “Programa de Transición” (ídem, pág. 32): “*la experiencia de Rusia demuestra, y la experiencia de España y de Francia confirman de nuevo que aun en las condiciones más favorables los partidos de la democracia pequeño burguesa (socialistas revolucionarios, socialdemócratas, stalinistas, anarquistas) son incapaces de crear un gobierno obrero y campesino, es decir, un gobierno independiente de la burguesía*”, sigue siendo válido. Y más válido que nunca para los países imperialistas, aunque haya resultado erróneo para los coloniales. La razón es, simple, aunque Trotsky no la haya tomado en cuenta. Radica en una diferencia de clase: la que existe entre la pequeña burguesía de un país imperialista y la de un país colonial o semicolonial. La primera goza de una situación privilegiada gracias a la explotación de los países atrasados; la segunda, incluido el campesinado, vive en una crisis crónica y sin salida por la explotación imperialista y la de sus agentes, los explotadores nacionales. Por ello, la pequeña burguesía imperialista, así como sus partidos y organizaciones -entre ellos los partidos Comunista y Socialista- son orgánicamente contrarrevolucionarios, agentes del imperialismo. Dicho de otra forma: porque su existencia privilegiada depende de la existencia de su propio imperialismo, son orgánicamente incapaces de enfrentarlo. Esa es la situación del Portugal actual, donde el MFA, el PC y el PS rivalizan sobre la forma más ingeniosa o rápida de salvar al imperialismo portugués en crisis. He aquí la razón por la que no hay ninguna posibilidad de que rompan con su imperialismo para instaurar un gobierno obrero y campesino. El menor error o confusión teórica sobre este problema de principio nos hará caer inevitablemente en la pendiente de las concesiones al oportunismo, la capitulación al imperialismo portugués y su agente: el gobierno del MFA.

V. EL GOBIERNO DEL MFA

1. Bonapartismo clásico: una definición poco feliz

“En otras palabras, la clase dominante portuguesa se ve obligada a tener en el poder a una especie de juez-árbitro, colocado aparentemente por encima de las clases y capaz de actuar con energía, tanto para regular las cuestiones internas de la clase capitalista como para frenar y reprimir al movimiento obrero, actuando, en última instancia, como el representante de la clase capitalista en su conjunto. En términos marxistas, este fenómeno suele recibir el nombre de ‘bonapartismo, por Napoleón Bonaparte, que cumplió una función similar, aunque con fuerza mucho mayor de la que posee el MFA’”.

Así define Gus Horowitz, en el artículo anteriormente citado, al actual gobierno portugués: como “bonapartista clásico”. En este párrafo hay novedades teóricas y políticas al por mayor que han logrado sorprendernos y preocuparnos. Pero vayamos por partes. Antes de considerar las novedades, veamos lo que decía Trotsky sobre el bonapartismo clásico:

“Para que un pequeño corso pudiera levantarse por encima de la joven nación burguesa, era preciso que la revolución hubiera cumplido previamente su misión fundamental: que se diera la tierra a los campesinos y que se formara un ejército victorioso sobre la nueva base social. En el siglo XVIII la revolución no podía ir más allá: lo único que podía hacer era retroceder. En este retroceso se venían abajo, sin embargo, sus conquistas fundamentales. Pero había que conservarlas a toda costa. El antagonismo cada día más hondo, pero sin madurar todavía, entre la burguesía y el proletariado mantenía en extrema tensión a un país sacudido hasta los cimientos. En estas condiciones precisábase un “juez nacional”. Napoleón dio al gran burgués la posibilidad de reunir pingües beneficios, garantizó a los campesinos sus parcelas, dio la posibilidad a los hijos de los campesinos y a los desheredados, del pillaje en la guerra. El juez tenía el sable en la mano y desempeñaba personalmente la misión de alguacil. El bonapartismo del primer Bonaparte estaba sólidamente fundamentado”. (“Historia de la Revolución Rusa”, ídem, T. 11, pág. 175.)

No hay más que leer las dos citas para ver que hay una gran diferencia entre ambas. Para Horowitz, Napoleón Bonaparte “cumplió una función”, la de “contener y reprimir al movimiento obrero”; para Trotsky, la función que cumplió fue la de “conservar a toda costa” las “conquistas fundamentales” de la revolución: “que se diera la tierra a los campesinos y que se formara un ejército victorioso sobre una nueva base social” y, en cumplimiento de esa función, “garantizó a los campesinos sus parcelas” y constituyó su ejército victorioso sobre la base de los “hijos de los campesinos” y los “desheredados”. En cumplimiento de esa misma función, “contuvo y reprimió” a la reacción feudal de toda Europa, que aspiraba a ahogar a la nación burguesa y restablecer el “antiguo régimen”.

Agreguemos que la definición que hace Trotsky sobre el régimen de Napoleón nada tiene que ver con la realidad portuguesa de hoy, en la que no hay ejércitos victoriosos (en realidad, hay un ejército derrotado) ni entrega de parcelas a los campesinos, ni nada de nada.

Volvamos a Horowitz. Su definición plantea una cuestión de método realmente alarmante. Como ya vimos, considera que Napoleón “cumplió una función similar” a la del MFA, “aunque en una forma mucho más fuerte que la que puede” este último. Atando cabos, esto significaría que

Napoleón Bonaparte cumplió, en una forma mucho más fuerte que el MFA, la función de “reprimir al movimiento obrero” (!). Pero dejemos esto de lado. Lo cierto es que, para Horowitz, las diferencias entre Napoleón I y el actual régimen portugués son de grado, cuantitativas, no cualitativas. Siguiendo la lógica de su pensamiento, el MFA y su gobierno son Napoleones Bonapartes débiles; Napoleón Bonaparte fue, entonces, un MFA fuerte.

No sabemos en virtud de qué método Horowitz supone que en 1975 puede existir un régimen sustancialmente semejante a otro de principios del siglo XIX. Todas las circunstancias han cambiado: entonces, el capitalismo estaba en pujante ascenso; hoy, en decadencia. Entonces, el antagonismo entre el proletariado y la burguesía estaba “sin madurar todavía”; hoy, está plenamente desarrollado; etc., etc., etc. Son precisamente estas ‘pequeñas’ diferencias entre una y otra época las que hacen que Trotsky distinga tajantemente al bonapartismo del período ascendente del capitalismo del de su decadencia.

“Siempre diferenciamos estrictamente entre este bonapartismo de la decadencia y el joven, progresivo bonapartismo que era no sólo el sepulturero de los principios políticos de la revolución burguesa sino también el defensor de sus conquistas sociales.” (León Trotsky, “Writings, 1934-35”, Pathfinder, New York, 1974, pág. 181.)

“Históricamente, el bonapartismo fue y sigue siendo el gobierno de la burguesía durante períodos de crisis en la sociedad burguesa. Es posible y necesario distinguir entre el bonapartismo ‘progresivo’ que consolidó las conquistas puramente capitalistas de la revolución burguesa y el bonapartismo de la decadencia de la sociedad capitalista, el convulsivo bonapartismo de nuestra época (von Papen, Schleicher, Dollfuss y el candidato del bonapartismo holandés, Coflin, etc.)”. (León Trotsky, “Writings, 1933-34”, Pathfinder, New York, 1972, pág. 107.)

El bonapartismo de Napoleón I era progresivo, por que defendía el progreso capitalista contra la reacción feudal. Aún hasta fines del siglo pasado, los bonapartismos conservaron rasgos progresivos (Bismarck logró la unidad nacional de Alemania, Napoleón III dio un gran impulso al desarrollo capitalista en Francia). Pero, en este siglo, en plena decadencia y putrefacción del capitalismo, ningún bonapartismo en un país imperialista puede ser “progresivo”; es, y no puede ser otra cosa, contrarrevolucionario, regresivo, opuesto al progreso histórico.

Ningún régimen, de cualquier tipo que sea, puede ser definido al margen de las condiciones sociales concretas en que nace y se desarrolla. En el caso del bonapartismo, esto quiere decir que, en nuestra época, no puede repetirse un régimen bonapartista fundamentalmente igual a los de la época de ascenso del capitalismo.

Más aun, si Horowitz tuviera razón en su definición, ésta se volvería contra lo que quiere demostrar. En efecto, en tal caso, el gobierno del MFA sería un régimen relativamente “progresivo”.

No diremos más sobre esta desafortunada definición de Horowitz.

2. Más confusiones: ¿bonapartismo “sui generis”?

Pero resta un aspecto más sobre la cuestión del bonapartismo. Trotsky analizó un tipo de bonapartismo propio de los países semicoloniales o neocoloniales. La debilidad de la burguesía

nacional en estos países, donde el principal explotador es el imperialismo, da lugar a gobiernos que juegan como árbitros entre el movimiento obrero y de masas y el imperialismo dominante. En la medida en que la burguesía nacional es incapaz de imponer directamente su gobierno, se impone la aparición de un árbitro entre las dos fuerzas más poderosas de la escena nacional.

Estos gobiernos pueden obrar como agentes del imperialismo, en cuyo caso tienen un carácter acentuadamente reaccionario, o apoyarse en las masas obreras y campesinas para resistir la presión de la metrópoli. En este último caso, tienen un carácter relativamente progresivo que, salvadas las distancias históricas, repite algunos de los rasgos positivos del bonapartismo del siglo pasado. Ese carácter relativamente progresivo tiene su contrapartida en el papel que estos bonapartismos “sui generis” cumplen, impidiendo que la clase obrera avance por una vía independiente hacia su revolución y manteniendo la resistencia al imperialismo dentro de los límites de la propiedad burguesa. Cárdenas, Nasser y Perón son algunos ejemplos de este bonapartismo “sui generis”: gobiernos burgueses hasta la médula, que defienden a sus países del imperialismo apoyándose en las masas explotadas.

Algunos ideólogos del MFA se proclaman “tercermundistas” y comparan su movimiento con los de los pueblos coloniales y semicoloniales, intentando así aprovechar a su favor el prestigio y atractivo que los movimientos de liberación nacional tienen ante los ojos de la izquierda europea, especialmente de sus camadas más jóvenes.

Lamentablemente, se les ha hecho eco desde nuestro movimiento. En base a una terminología y comparaciones puramente formales, se presenta al MFA como cercano a los regímenes militares del “tercer mundo”. Livio Maitan nos dice, en el artículo “El papel del MFA de Portugal” (en esta edición de Revista de América) que:

“El fenómeno que presenciamos hoy en Portugal muestra claras analogías con fenómenos que han ocurrido en países neocoloniales, o países económica y socialmente subdesarrollados.”
¿Cuáles son esas “claras analogías”? He aquí lo que sostiene Maitan:

“En situaciones en que la burguesía se encuentra imposibilitada de ejercer su hegemonía política por la vía normal --el mecanismo democrático burgués parlamentario o presidencial, la dictadura formal o de hecho de un partido político propio, etcétera-- en un período de crisis política profunda, el aparato militar puede surgir como única fuerza capaz de asegurar el funcionamiento del Estado. Para precisar más, el ejército puede asumir la función de partido dirigente, con la capacidad de preservar el funcionamiento del mecanismo esencial del sistema. Este no tiene necesariamente que tomar la forma de una dictadura militar reaccionaria, sino que puede darse bajo la tendencia militar reformista o populista (obviamente, la dictadura militar brasileña se encuentra en la primera categoría y el régimen peruano en la segunda, para no citar sino a dos de las instancias más destacadas de América Latina.)”

Confesamos que el procedimiento del autor nos deja atónitos. Deja de lado que no se puede entender ningún tipo de gobierno al margen de las características profundas, estructurales, de clase, del país y de la situación en que se dan. Portugal es un país imperialista; Perú y Brasil, países semicoloniales explotados por el imperialismo. Esta es una diferencia tajante y decisiva. Todos los tipos de gobierno burgués que pueda haber en Portugal son, antes que nada, gobiernos imperialistas. Todos los gobiernos, de cualquier tipo, en Perú y Brasil, deben reflejar de alguna manera la gran contradicción que opone al país en su conjunto con la dominación imperialista. El

régimen brasileño ha sido un agente directo del imperialismo y enemigo de su propio país. El peruano esboza una tímida defensa del país ante el imperialismo.

En Portugal no pueden darse gobiernos como éstos, porque el principal explotador es el capitalismo portugués. Naturalmente, la ideología “tercermundista” de sectores del MFA contiene un elemento de verdad. El capitalismo portugués es débil y atrasado, lo que le hace temer la colonización por parte de sus competidores más poderosos. El fortalecimiento del estado apunta en esa dirección: contar con un instrumento fuerte para mejor negociar con los otros imperialismos y con la clase obrera y el movimiento colonial.

Con ser de lejos la más importante, ésta no es la única diferencia entre Portugal, por un lado, y Brasil y, Perú, por el otro. Portugal vive el desarrollo de una revolución obrera y la crisis del régimen capitalista. En Perú no ha existido en los últimos diez años una situación, no digamos ya revolucionaria, ni siquiera prerrevolucionaria. El régimen brasileño es producto de una etapa contrarrevolucionaria.

Mientras Portugal está sacudido por una inestabilidad que llega al paroxismo, los dos países latinoamericanos citados llevan años de estabilidad burguesa (once, en el caso de Brasil; siete, en el Perú).

Nuevamente, encontramos que la única similitud entre los tres casos es que gobiernan los militares. Pero, aun considerando la cuestión desde este punto de vista formal, la analogía, de Maitan es errónea. Veamos lo que dice nuestro comentarista:

“El único aparato sólido, la única fuerza relativamente coherente, resultan ser las fuerzas armadas, que, por lo mismo, emergen como la fuerza políticamente dominante. El MFA surgió y se fue formando en este contexto, apareció como la verdadera fuerza política del país.” (ídem)

Ahora, veamos la realidad. Entre el ejército portugués, por un lado, y el peruano o brasileño, por el otro, lo único que hay en común es que en ambos casos son ejércitos y, por lo tanto, la última y decisiva garantía del régimen burgués. Los ejércitos de Perú y Brasil son ejércitos normales en situaciones burguesas normales; están cohesionados y en su seno rige la disciplina jerárquica. El ejército portugués está totalmente anarquizado, porque está sumergido en el proceso de una revolución. Todas sus jerarquías están trastocadas. Es un aparato muy poco “sólido”, escindido, en cuyo seno hay un grupo -minoritario entre la oficialidad- que trata, con su estilo y en las condiciones que le impone la realidad, de salvar el orden burgués e imperialista, aun chocando con los “mandos naturales”.

Eso es el MFA en el gobierno. Está allí, no porque sea militar, sino porque goza de la confianza del movimiento de masas; no porque forme parte del “sólido” aparato del ejército, sino porque ese aparato atraviesa una crisis tan profunda que lo hace incapaz de gobernar sin apoyarse en los capitanes.

El camarada Maitan en el mismo artículo hace otra comparación tan desafortunada como la que acabamos de considerar. Según dice, la situación portuguesa se caracteriza *“precisamente por una creciente insuficiencia del aparato político tradicional y la inexistencia de un partido burgués con una base de masas lo suficientemente amplia como para ejercer su hegemonía, digamos, a la manera de la Democracia Cristiana italiana o el Partido Conservador inglés”*.

Livio Maitan no ha reflexionado que, en períodos revolucionarios, los partidos burgueses nunca tienen suficiente apoyo de masas como para ejercer la hegemonía, precisamente porque se trata de períodos revolucionarios, en los que las masas no confían en la burguesía y lucha contra ella. Justamente, uno de los síntomas del avance de la crisis revolucionaria en Italia va siendo la imposibilidad de que la democracia cristiana siga ejerciendo la hegemonía. Otro tanto ocurrirá con el conservadorismo inglés apenas el proletariado británico supere los estallidos episódicos -- de los cuales la huelga minera de 1974 fue un ejemplo descollante-- para lanzarse a luchas más duraderas y generalizadas. Ambos partidos han podido gobernar en épocas normales, sin luchas obreras y populares generalizadas, pero no lo podrán hacer en una etapa revolucionaria. Por eso, lo que define la situación en Portugal no es meramente, como afirma nuestro comentarista, “una profunda crisis política”, sino una violenta crisis social y económica.

Quizás el camarada Maitan nos conteste que nunca pretendió asimilar el gobierno portugués a los regímenes militares “tercermundistas” y que se limitó a resaltar algunas similitudes formales. Si así lo hiciera, la explicación sería endeble. Para los marxistas, las formas de gobierno expresan siempre una determinada relación entre las clases. Una comparación entre puras formas, haciendo abstracción de sus contenidos de clase, no tiene ninguna validez ni utilidad. Aceptamos las analogías cuando permiten precisar la definición de clase de un fenómeno; si no sirven para eso, son un ejercicio periodístico y entrañan el peligro, como mínimo, de confusión.

3. ¿Gobierno de las fuerzas armadas o de frente popular?

Los pensadores y políticos liberales han acuñado una clasificación superficial de los gobiernos burgueses: civiles y militares. Los marxistas, en cambio, definimos a los gobiernos, no por la “ropa” que usan sus funcionarios, sino por el rol que cumplen en las relaciones entre las clases. El arzobispo Makarios, aunque viste sotana, no encabezaba un gobierno eclesiástico medieval, sino uno producto de la actual época imperialista y de la lucha por la independencia de una colonia británica. Sin embargo, los uniformes de los gobernantes portugueses están dificultando a muchos compañeros percibir, detrás de ellos, las verdaderas relaciones que se han establecido entre las clases y que han originado el actual gobierno del MFA.

No está de más recordar que, en su momento, una dificultad similar provocó definiciones muy curiosas del régimen militar peruano y de sus efímeros imitadores bolivianos (Ovando y Torres): se les aplicó el rótulo de “reformismo militar”, sin tomar en cuenta las relaciones entre las clases. De esta forma, se cayó en una vulgar descripción periodística, que definía el fenómeno por sus aspectos exteriores: los uniformes que vestían los gobernantes y las “reformas” (verdaderas o falsas, importantes o trascendentes, poco importaba) que realizaban.

Lo curioso es que de tanto mirar los uniformes de los gobernantes lusitanos se les ha pasado por alto un hecho verdaderamente crucial: es el primer gobierno burgués de Europa Occidental en los últimos 27 años en que interviene el Partido Comunista. Y no lo hace solo, sino también con el Partido Socialista.

Esta participación de los partidos obreros (Socialista y Comunista), y especialmente del stalinismo, en el gobierno portugués, es el rasgo decisivo del régimen del MFA. Mucho más importante que las charreteras del general Costa Gomes.

La intervención en el gobierno de los dos grandes partidos obreros es consecuencia del ascenso revolucionario, que ha obligado a la burguesía portuguesa a aceptar un gobierno compartido con

esas organizaciones como única forma de paralizar y derrotar a los trabajadores. Se constituye así un gobierno de colaboración de clases, al servicio del mantenimiento del régimen burgués en un momento muy difícil para éste. Muy difícil, entre otras cosas, porque la crisis de sus fuerzas armadas las inhabilita para mantenerlo por medio de la fuerza. La colaboración se impone desde el momento en que, si le faltase el apoyo o el apaciguamiento de los trabajadores, el gobierno burgués no podría durar ni un minuto en el poder; tal es la magnitud del ascenso revolucionario.

Si exceptuamos los uniformes, el actual gobierno portugués es un típico gobierno de frente popular, de bloque gubernamental burgués-partidos obreros. El gobierno de Torres en Bolivia fue militar y frentepopulista, de colaboración y participación de las direcciones reconocidas del movimiento obrero. El de Kerensky y el del Kuomintang también fueron gobiernos de colaboración de clases, frentepopulistas, aunque tampoco fueron parlamentarios.

En este aspecto, pues, no puede haber ninguna duda: el gobierno de Costa Gomes, las fuerzas armadas y los partidos reformistas es un típico gobierno de colaboración de clases en un período revolucionario. Si alguna novedad presenta es que se trata de un gobierno doblemente frentepopulista ya que, al tener que vérselas no solamente con el ascenso revolucionario del movimiento obrero, sino también con la movilización revolucionaria de las masas coloniales, colabora o concilia además con dichas masas coloniales para salvar al imperio. La confluencia de las revoluciones colonial y obrera ha originado un gobierno colaboracionista por partida doble, un frente popular al cuadrado. Esto sí es verdaderamente novedoso en cuanto a las relaciones entre las clases y movimientos revolucionarios con sus explotadores; aunque tiene el antecedente de la demagogia kerenskista frente a las nacionalidades oprimidas por el imperialismo gran-ruso.

La forma, técnica y mecanismos a través de los cuales se lleva a cabo esta colaboración entre los representantes de la burguesía imperialista y las direcciones pequeño-burguesas del movimiento obrero y colonial tienen su importancia. Pero no son determinantes; no modifican esta definición del actual régimen portugués.

Para que los representantes de la burguesía y los de la clase obrera colaboren, es necesario un gozne, un intermediario. En el caso portugués, ese intermediario es el MFA.

VI. UN GOBIERNO KERENSKISTA CLÁSICO

1. Los distintos tipos de gobiernos imperialistas

Aceptemos o no las definiciones precedentes de Horowitz y Maitan, sobre el gobierno del MFA, debemos destacar la importancia del intento. Los autores que hemos citado han puesto el dedo en la llaga: definir la etapa de la lucha de clases y su probable dinámica es requisito previo para formular una política revolucionaria correcta, pero no basta. Hay que precisar el carácter del régimen y gobierno al que enfrentan las masas.

La política revolucionaria no será la misma frente a distintos tipos de gobiernos. Hay una política para una situación prerrevolucionaria con un régimen y gobierno democrático-burgués, parlamentario, como en los casos de Francia, Bélgica y España en la década de 1930. Hay otra política para una situación prerrevolucionaria (o muy próxima a serlo) con un gobierno bonapartista post fascista, como en la España actual. Durante la situación revolucionaria que se abrió en 1905, los bolcheviques tuvieron consignas (¡Abajo el Zar! , ¡República!) que eran consecuencia del régimen semifeudal que debían enfrentar. En una situación semejante, en la Alemania de 1919, esas consignas no tuvieron razón de ser, pues los comunistas debían hacer frente a una república y no a un monarca semifeudal.

Para dar respuesta a esta necesidad, los camaradas de los países metropolitanos tropiezan con un obstáculo: la inercia teórica provocada por la realidad. Durante los últimos treinta años, Europa Occidental ha vivido bajo un mismo régimen democrático-burgués (ese lapso se amplía a doscientos para el caso de EE.UU.). La realidad europea no ha puesto a nuestro movimiento frente a otros tipos de gobiernos burgueses, con excepción de Portugal y España (que fácilmente podían ser considerados como “fósiles” heredados de un período anterior), y, por algunos años, Grecia. Digamos, de paso, que se trata de países “periféricos” en el elenco europeo. Esta larga etapa de monotonía política desacostumbró a los reflejos teóricos de nuestro movimiento para reaccionar ante fenómenos nuevos, como el actual régimen portugués.

Nuevo en relación con el último período vivido por Europa Occidental, pero no para el marxismo revolucionario, que ya tuvo ocasión de observar regímenes parecidos durante las casi tres décadas que corrieron entre 1917 y 1945. Entonces, proliferaron en Europa Occidental regímenes y gobiernos que no eran democrático-burgueses. Por eso, basta con recurrir al arsenal teórico legado por nuestros maestros para encontrar definiciones fundamentales en el intento de caracterizar al gobierno del MFA y a los futuros regímenes que irán apareciendo en el continente europeo a medida que la revolución siga avanzando.

A partir de la crisis crónica del imperialismo (que no encuentra su solución revolucionaria por la traición de la socialdemocracia y del stalinismo), Trotsky estudió y definió cuatro tipos de gobiernos y regímenes imperialistas: fascistas, bonapartistas, democrático-burgueses y kerenskistas. Para los países dominados por el imperialismo, precisó un tipo particular de bonapartismo: el bonapartismo “sui generis”, como ya hemos visto. Y, en su momento, adelantó la definición de bonapartista para el gobierno de Stalin, aunque con una base social esencialmente distinta: era un órgano del estado obrero.

2. Democracia burguesa y fascismo

A fines del siglo pasado, Engels señaló la tendencia de los regímenes burgueses hacia el bonapartismo, a dejar el gobierno en manos de la burocracia y el aparato militar. Es cierto que esta tendencia fue y sigue siendo una constante. Sin embargo, hasta la Primera Guerra Mundial, en los países imperialistas floreció y se expandió el régimen democrático-burgués.

En el típico régimen democrático, los problemas de la burguesía se arreglan en el juego electoral entre los distintos sectores de ésta que buscan apoyo en las clases media y obrera. Más allá de su carácter electoral, el sostén de clase de estos regímenes democrático-burgueses es el acuerdo con la clase media sobre el mantenimiento de un mecanismo electoral-democrático.

El colosal desarrollo del capitalismo y del imperialismo en el siglo pasado y los primeros años del actual fue la condición necesaria del florecimiento de regímenes democrático-burgueses en los países imperialistas, al hacer posible un cierto mejoramiento en la situación de los trabajadores. Así se aseguraba que el otorgamiento del derecho a votar al pueblo no se volviera contra la burguesía, pues los trabajadores votarían por los partidos burgueses o por los reformistas. En esa época, y como consecuencia de esas condiciones, surgió la ideología reformista que iguala capitalismo y democracia.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, en los países imperialistas se vivió un fenómeno similar (y surgió una ideología similar), como consecuencia del espectacular “boom” de la economía capitalista en los últimos veinticinco años.

Pero, en el período entre ambas guerras mundiales, la economía capitalista, lejos de un “boom”, atravesó una crisis profunda y prolongada. No hay más que recordar la grave crisis mundial de 1929-32 y la que soportaron durante años enteros Alemania y los países del centro de Europa.

A partir de 1914, el mundo imperialista comenzó a sufrir una crisis económica y social. A medida que la situación del capitalismo se volvía más y más crítica, el régimen democrático-burgués fue quemando sus fusibles electorales. Ya no le era posible asegurar a la clase media y a la aristocracia obrera sus privilegios. Las disputas entre las distintas alas de la burguesía se agudizaron. Las distintas clases no aceptaban ya esperar a las elecciones y reclamaban soluciones perentorias. Si en Rusia la democracia burguesa (tras una corta vida de meses) fue reemplazada por la dictadura del proletariado, en Italia cedió el lugar a un nuevo tipo de gobierno burgués: el fascismo. El régimen democrático “eterno” de un capitalismo “eterno” reveló entonces su verdadero carácter transitorio, de un período en la vida del capitalismo. Quedó al desnudo su verdadero rol de estación de paso hacia una de las dos terminales antagónicas: el fascismo o el comunismo.

Trotsky fue quien hizo el análisis certero del nuevo fenómeno fascista. Enfrentado a la crisis económica y al peligro de la revolución obrera, el capital financiero se vio obligado a movilizar a la pequeña burguesía y a los desclasados para aplastar a la clase obrera y a sus organizaciones con métodos de guerra civil e implantar un estado totalitario que, no sólo suprimió la democracia obrera, sino también todas las libertades democráticas.

3. El bonapartismo imperialista

Pero el fascismo es un último recurso, costoso y lleno de riesgos. No siempre la burguesía se ve

obligada a movilizar a la pequeña burguesía. En muchos casos, pudo contar con una carta, menos convulsiva: los partidos obreros reformistas le garantizaron la supervivencia. Eso permitió que la burguesía, en ocasiones, limitara o directamente suprimiera el régimen democrático sin llegar al fascismo (muchas veces, como pasos previos en la marcha hacia este régimen). Ese régimen intermedio, nacido de los avances de la contrarrevolución burguesa y las derrotas de las masas, se apoyaba en la burocracia y fundamentalmente en las fuerzas armadas, lo que le da su carácter bonapartista.

Trotsky ha sido minucioso en el estudio de estos regímenes, típicos de la Europa de las décadas de 1920 y 1930. *“La decadencia de la sociedad capitalista coloca nuevamente al bonapartismo -junto al fascismo y aparejado con él-- en el orden del día”*. (León Trotsky, *“The Struggle Against Fascism in Germany”*, Pathfinder, New York, 1971, pág. 329.)

Y, señalando el vínculo entre estas distintas formas de régimen burgués, decía que:

“Entre la democracia parlamentaria y el régimen fascista [hay] una serie de formas transicionales (...) Sobre la base de la experiencia alemana, los bolcheviques leninistas registraron por primera vez la forma transicional de gobierno la cual hemos llamado bonapartismo”. (Op. cit., p. 438).

Estas formas de gobierno son una consecuencia indirecta de los avances fascistas:

“El determinismo de estas formas transicionales se ha vuelto patente, naturalmente no en un sentido fatalista sino dialéctico, es decir, para los países y períodos en que el fascismo, con creciente éxito, sin encontrar una resistencia victoriosa del proletariado, ataca la posición de la democracia parlamentaria con el fin de estrangular al proletariado”. (Op. cit., p. 438).

Y vuelve a insistir Trotsky en que el bonapartismo se asienta en el retroceso de las masas y en los triunfos de la contrarrevolución, **no en la proximidad de la revolución**.

“Sin esta condición básica, esto es, sin que previamente las energías de las masas hayan quedado exhaustas en batallas, el régimen bonapartista no se puede desarrollar”. (Op. cit., pág. 278).

Estos regímenes, precisamente por su carácter de estaciones intermedias en el tránsito de la democracia parlamentaria al fascismo, eran menos estables que el bonapartismo postfascista. Este último surge cuando el fascismo en el poder se desprende (a veces, con los mismos métodos de guerra civil que antes empleó contra el proletariado) de su ala pequeño burguesa y pasa a gobernar apoyado en el aparato policiaco-militar.

Trotsky distinguía, pues, tres tipos de regímenes burgueses “normales” en esta época de crisis: democracia parlamentaria, bonapartismo pre y post-fascista y fascismo. Al decir “normales” nos referimos al hecho de que se trata de regímenes donde está garantizada la estabilidad de la burguesía.

4. El kerenskismo

Pero, ¿qué sucedía en los casos inversos, cuando el movimiento obrero y de masas avanzaba hacia la revolución socialista? Trotsky reconocía en estos casos un nuevo tipo de régimen y de

gobierno: el kerenskista o de frente popular. Se trata de una forma extremadamente inestable, sumida en una crisis crónica, cuya duración sólo puede ser muy limitada y que constituye el último o penúltimo tipo de gobierno burgués antes de la revolución obrera o de una vuelta atrás hacia el fascismo, bonapartismo o democracia burguesa.

“El régimen existente en España hoy día (decía Trotsky en noviembre de 1931 con relación al gobierno liberal socialista), corresponde mejor a la concepción de una kerenskiada, es decir, el último (o penúltimo) gobierno de “izquierda” que la burguesía sólo puede armar en su lucha contra la revolución.” (León Trotsky, *The Spanish Revolution*, Pathfinder, New York, 1973, pág. 169)

Y ante la crítica que le hace Nin de este concepto:

“Usted dice que el régimen en España puede ser comparado al “kerenskismo” yo no pienso así. Fue la última carta de la burguesía. Fue el anuncio de Octubre. Azaña anuncia a Lerroux, o sea Miliukov, la gran burguesía” (Op. cit., pág. 380), Trotsky le responde criticando la concepción mecánica de Nin, que creía que el kerenskismo llevaba inevitablemente a la revolución obrera, señalando que, por el contrario, había grandes posibilidades de que retrocediera a regímenes burgueses más reaccionarios.

He aquí la cita: *“todo depende de la manera de ver al “kerenskismo”: como el último gobierno burgués después del cual la burguesía debe perecer, o como el último gobierno de izquierda, lo más a la izquierda que pueda avanzar la burguesía en la lucha por su régimen, y que debe permitirle a la burguesía salvarse (y no morir) o ceder su lugar a un gobierno fascista”.* (Op. cit., pág. 397).

En un régimen kerenskista, la contrarrevolución burguesa, incapaz de aplastar a la revolución obrera pero todavía capaz de impedir su triunfo, se ve obligada a conciliar con el movimiento obrero para frenar su avance. Insistamos en un ejemplo: si consideramos a la democracia burguesa como la estación central de una línea ferroviaria, a medida que avanzamos hacia la derecha vamos pasando por las estaciones del bonapartismo; la terminal es el fascismo. Pero, si tomamos el rumbo opuesto, pasaremos por la estación del kerenskismo y, atravesando la frontera de clase, llegaremos a otra terminal: la del estado obrero.

El kerenskismo es una combinación de revolución obrera y contrarrevolución burguesa. Pero una combinación en la que el elemento dinámico y decisivo sigue siendo la revolución obrera en ascenso. Exactamente lo contrario a un régimen bonapartista, en el que el factor dinámico es la contrarrevolución burguesa y el movimiento obrero se encuentra a la defensiva.

Estamos sorprendidos por la resistencia de la mayoría de los marxistas contemporáneos a aceptar esta definición, que nosotros hemos aplicado recientemente a los gobiernos de Torres en Bolivia y Allende en Chile. Resistencia que es tanto más grave cuanto que la crisis actual del capitalismo hace inevitable el surgimiento de gobiernos de este tipo. Sobre todo, nos llama la atención que los camaradas de “The Militant”, que comparan con gran acierto las revoluciones rusa y portuguesa, no perciban la similitud entre los gobiernos producidos por ambos procesos.

Es posible que la confusión se origine en el hecho cierto de que los gobiernos kerenskistas (al igual que los parlamentarios) tienden hacia el bonapartismo. Otro hecho que puede confundir es que tanto el bonapartismo como el kerenskismo son característicos de épocas de crisis del

capitalismo, en oposición al gobierno democrático parlamentario.

5. Kerenskismo y bonapartismo

Pero la gran diferencia entre estos dos regímenes estriba en la forma en que la burguesía encara la solución de la crisis. Cuando se apoya directamente en las fuerzas armadas sin recurrir a la conciliación con el movimiento obrero y de masas, cuando intenta superar la crisis con un gobierno de “derecha”, de “orden” y de “fuerza”, con un “árbitro inapelable”, estamos frente a un típico gobierno bonapartista.

Cuando trata de “conciliar”, de lograr la “colaboración de la clase obrera a través de sus representantes” para realizar un gobierno de “izquierda” o “socialista” estamos frente a un gobierno de colaboración de clases: kerenskista.

Podríamos resumir diciendo que la diferencia que hay entre un gobierno bonapartista y uno kerenskista es la misma que hay entre un juez o árbitro, que hace ejecutar sus sentencias con el peso de fuerzas armadas disciplinadas, y un conciliador, que no cuenta con fuerzas armadas seguras para imponer sus decisiones o “consejos”.

Lógicamente, este conciliador o intermediario entre las clases en lucha tiende con todas sus fuerzas a obtener el poder que le permita dar a sus decisiones el carácter de inapelables y obligatorias. Pero, mientras no lo logre (y, para lograrlo, debe derrotar a la clase obrera) seguirá siendo kerenskista y no bonapartista.

Esta combinación de rasgos de un tipo de régimen en otro no es rara. Por el contrario, es la regla en la realidad, donde los tipos puros son la rara excepción. Así, tenemos bonapartismos y kerenskismos con formas parlamentarias, regímenes democrático-parlamentarios con fuertes tendencias bonapartistas, etc.

En el caso del kerenskismo, su carácter inestable le exige, para restablecer el perdido equilibrio social burgués, tender a convertirse en bonapartismo. Trotsky, al historiar la revolución rusa, señala este rasgo en el gobierno de Kerensky. Habla de “*elementos de bonapartismo*” al definir a Kerensky y Kornilov. Así deben entenderse las referencias que, en medio de la lucha contra Kerensky, Lenin y el propio Trotsky hacen al carácter “bonapartista” de aquél. Especialmente, en la “Historia de la Revolución Rusa”, pero también en otros trabajos suyos, Trotsky lo pone en claro:

“La desdicha de los candidatos rusos al papel de Bonaparte no consistía ni mucho menos en que aquellos no se parecieran, no ya al primer Napoleón, sino ni siquiera a Bismarck: la Historia sabe servirse de los sucedáneos. Pero tenían contra ellos una gran revolución que aun no había cumplido sus fines ni agotado sus fuerzas. (...) La revolución estaba llena de vida. No tiene nada de particular que el bonapartismo se manifestara endeble.” (“Historia de la Revolución Rusa”, ídem, Tomo 1, pág. 176).

Nada mejor que el enemigo de clase para sintetizar la diferencia entre el Kerensky con tendencias bonapartistas y el directamente bonapartista Kornilov. Trotsky cita a uno de los grandes industriales rusos quejándose del gobierno kerenskista:

“Se llamaba a Petrogrado a los representantes de los obreros, y en el Palacio de Mármol se

hacían esfuerzos para persuadirles, se los insultaba, se los reconciliaba con los industriales, con los ingenieros”. (Op. cit., Tomo 11, pág. 299).

Este gran capitalista estaba ansioso de que el gobierno “conciliador” fuera reemplazado por otro (bonapartista) que, como árbitro supremo, ordenara e hiciera cumplir sus órdenes a los rebeldes obreros rusos.

Según relata Trotsky, de acuerdo con los testimonios de Miliukov, el más importante político burgués ruso, *“la instalación de un hombre fuerte. . . [Kornilov] se concebía según otros procedimientos que los de negociadores y acuerdos”.* Lo mismo decía otro comentarista para explicar el apoyo a Kornilov del Partido Cadete: *“Sobre un régimen democrático, sobre la voluntad popular, sobre la Asamblea Constituyente [...] las esperanzas estaban ya abandonadas: ¿Las elecciones municipales en toda Rusia no habían dado ya una mayoría aplastante de socialistas? . . . Entonces, se dispuso a buscar, en la angustia, un poder que fuera capaz no de persuadir [como el de Kerensky, acotamos nosotros] sino sólo de ordenar.”* (Op. cit., Tomo II, pág. 161. Subrayado nuestro).

No puede haber ninguna duda: para el trotskismo, un régimen conciliador es distinto de uno arbitral. El primero es kerenskismo; el otro, bonapartismo.

6. Gobierno de “izquierda”, de colaboración de clases, de frente popular o kerenskista son lo mismo

En su origen, el kerenskismo tomó su nombre de Alexander Kerensky, quien gobernó a Rusia en los últimos meses del régimen burgués, antes de la Revolución de Octubre.

Más tarde, Trotsky utilizó este término para designar a todos los gobiernos de colaboración de clases en que participaban los partidos reformistas del movimiento obrero. De esta forma, la definición de kerenskismo abarcó no sólo a los gobiernos de izquierda de coalición entre la burguesía y el proletariado en las épocas revolucionarias, sino también a los que se dieron en situaciones prerrevolucionarias, como fue el caso del gobierno del Frente Popular francés en 1936 y los diversos proyectos similares realizados en otros países en la década de 1920.

“En vuestro país [Francia] se está aproximando, evidentemente, un período de kerenskismo el régimen del Bloque Radical-Socialista es la primera repercusión de la época de la guerra”. (“Los cinco primeros años de la Internacional Comunista”, Ed. Pluma, Buenos Aires, 1974, pág. 190).

“Pero el candidato más probable en el presente momento es Herriot, que está preparando el terreno y las condiciones para una nueva política, para el kerenskismo francés, porque la asunción del poder por el “Bloque de Izquierda” significa un gobierno de radicales y socialistas, que entrarán indudablemente en el Bloque”. (“The First Five Years of the Communist International”, Pathfinder, New York, 1972, vol. 2, p. 212)

“La aparición de la clase trabajadora en el poder volcará sobre el Partido Laborista la entera responsabilidad de los actos del gobierno; y dará nacimiento a una época de kerenskismo inglés en la era del parlamentarismo” (Op. cit., pág. 211).

“Pero hay demasiados síntomas de que la burguesía será llevada a recurrir a una orientación

reformista y pacifista antes de que el proletariado se sienta preparado para el asalto decisivo. Esto significaría una época de kerenskismo europeo.” (Op. cit., pág. 262)

“ (...) *en España el kerenskismo -la coalición de los liberales y los “socialista”- (..)*” (León Trotsky, *Writings, 1930-31*, Pathfinder, New York, 1973, pág. 355.)

Como vemos, Trotsky incluye dentro de la categoría de kerenskistas a todos los gobiernos de “izquierda” en los que intervienen partidos obreros: desde el proyecto “izquierdista” de Francia en 1922, hasta la coalición liberal socialista de España en 1931, pasando por el probable gobierno laborista en Inglaterra en un período prerrevolucionario. Una orientación demagógico-izquierdista (“pacifista y reformista”) de la burguesía europea le hace prever una etapa de kerenskismo a escala continental.

Define así un kerenskismo que podríamos llamar “no clásico”, puesto que, a diferencia del régimen de Kerensky, no se da en una etapa revolucionaria y con una situación de poder dual, sino prerrevolucionaria; y no es promovido al poder directamente por el movimiento de masas, sino indirectamente, por la vía electoral y parlamentaria.

Más adelante, después de conocer y estudiar los gobiernos de frente popular de Blum, Largo Caballero y Negrín, Trotsky siguió el camino inverso: extendió la denominación de “frente popular” al gobierno de Kerensky, indicando así que se trataba de sinónimos.

“De febrero a octubre, los mencheviques y los social revolucionarios, que representan un muy buen paralelo con los “comunistas” y los socialdemócratas, estaban en la más estrecha alianza y en una permanente coalición con el partido burgués de los cadetes, junto con los que formaron una serie de gobiernos de coalición. Bajo el signo de este Frente Popular (...)”. (León Trotsky, *The Spanish Revolution*, ídem, pág. 220)

“Porque se suele olvidar que el más grande ejemplo histórico de Frente Popular es la revolución de febrero de 1917”. (Op. cit. pág. 2 20).

7. Un gobierno kerenskista clásico

Utilicemos el método de Trotsky para definir al gobierno del MFA, observando sus relaciones con la revolución y la contrarrevolución. ¿Este gobierno es un producto de triunfos o avances contrarrevolucionarios o, por el contrario, de grandes triunfos revolucionarios de las masas? ¿Es una consecuencia de que estas últimas han “quedado exhaustas en batallas” o, por el contrario, que ganaron esas batallas, contra el fascismo primero y después dos veces contra Spínola?

El gobierno del MFA es consecuencia de etapas de transición opuestas a las que originan gobiernos bonapartistas. Es resultado de la caída del régimen bonapartista post fascista y del curso ascendente de la revolución obrera, refleja las etapas transicionales en la marcha de esa revolución y las formas sucesivas en que la burguesía, la moderna clase media y los partidos reformistas que obran como representantes del proletariado se acomodan a esa marcha para frenarla.

El propio Horowitz ayuda a demoler la definición de bonapartista con su descripción de la situación del movimiento de masas. Una y otra vez, señala la existencia de grandes huelgas, manifestaciones, ocupaciones de fábricas, etcétera. En el último intento golpista de la reacción, el

11 de marzo, las masas triunfaron, el golpe fue derrotado y la oligarquía sufrió un duro golpe con la nacionalización de los bancos y compañías de seguros. Desde la caída del régimen fascista, los trabajadores han logrado conquista tras conquista. Lo admite Horowitz en el artículo citado cuando plantea la necesidad de “defenderse de todo intento de quitarles las conquistas logradas.

Todo coincide: la curva de la movilización es ascendente. Muy lejos estamos, pues, de la “condición básica” que Trotsky señala como decisiva para que se desarrolle un régimen bonapartista: que las energías de las masas “hayan quedado exhaustas”.

Como queda dicho, no negamos que el MFA tenga rasgos bonapartistas, que tienda al bonapartismo. Pero la tendencia predominante desde la caída del fascismo y el surgimiento del gobierno del MFA ha sido la contraria: cada vez mayor ascenso y conquistas de las masas.

Los rasgos bonapartistas se oponen a esta tendencia; ése es el principal peligro que enfrenta en la actualidad el movimiento de masas portugués. Pero un peligro es exactamente eso: un mal probable; no un mal presente. Ese peligro se hará realidad sólo después de una derrota de las masas, o de un desgaste de sus fuerzas en luchas parciales y desorganizadas, o de batallas necesarias pero no libradas. Nuevamente vemos que Horowitz vacía una fórmula política de su contenido de clase y atribuye un régimen que sólo puede basarse en triunfos de la contrarrevolución a una situación en que el movimiento obrero viene ganando posiciones en relación de fuerzas muy favorable frente a la burguesía.

La definición del gobierno portugués como bonapartista adolece de otro grave defecto. El surgimiento de un régimen bonapartista (o democrático, o fascista, o kerenskista) sólo puede producirse en medio de una conmoción, ya que implica el paso de una etapa de la lucha de clases a otra. Por eso dice Trotsky: “*el paso de un sistema a otro significa la crisis política*” (Trotsky, *The struggle Against Fascism in Germany*, ídem, pág. 440. Subrayado del autor). Por lo tanto, los camaradas que sostienen que el MFA es un gobierno bonapartista deben precisar cuál fue la crisis política que abrió la etapa bonapartista. ¿La caída de Caetano? ¿La caída de Spínola? ¿La derrota del putsch spinolista en marzo? Justamente estas tres crisis políticas constituyeron triunfos de la revolución, no de la reacción. Por otra parte, el régimen de Caetano era bonapartista post fascista y Spínola era un candidato a Bonaparte. ¿El MFA sólo significa un cambio de guardia en un régimen bonapartista que es continuación de los de Caetano y Spínola? En tal caso, los defensores de esta tesis deberían, para ser consecuentes, afirmar que nada ha cambiado políticamente en Portugal desde el 25 de abril de 1974 (salvo, quizás, la “fuerza” del bonapartismo, que ahora sería más débil).

Hay, en cambio, una definición que se ajusta perfectamente a las características del régimen del MFA. Salvo el hecho de que, hasta ahora, no ha producido un Kerensky, el gobierno portugués tiene todos los rasgos del kerenskismo o gobierno de frente popular. Es un típico gobierno de colaboración de clases, débil, inestable, que encubre su carácter burgués tras la fraseología socialista y una profusa demagogia alrededor de medidas (indudablemente progresivas) que se ha visto obligado a tomar: nacionalización de la banca y de empresas monopólicas. Finalmente, se estructura como un gobierno de frente popular, en el que participan un partido burgués, los partidos oportunistas y reformistas del movimiento obrero (el PS y el PC) y una organización político-militar que establece la relación entre aquél y estos últimos.

Por el hecho de no ser el producto de una combinación parlamentaria, sino de una revolución

obrera en curso, como por encontrarse en una situación que contiene importantes gérmenes de poder dual, el gobierno kerenskista del MFA es muy semejante al del propio Kerensky.

Esta definición, así como el haber desechado la de bonapartista, no altera la posición de principios que debemos tener frente a este gobierno los marxistas revolucionarios. No ha dejado de ser un gobierno burgués y, por lo tanto, no se debe depositar en él la menor confianza, no se le debe brindar el menor apoyo político ni se debe entrar en él en ninguna circunstancia. Es nuestro enemigo de clase y nuestro objetivo debe ser derrotarlo mediante la revolución obrera.

Pero tiene una importancia decisiva para determinar la política que los marxistas revolucionarios portugueses deben seguir frente a él. Recordemos el ejemplo de la línea férrea con dos terminales (fascismo y estado obrero): si el gobierno es bonapartista, el país marcha hacia la derecha y, en consecuencia, es urgente poner el freno y dar marcha atrás. Si es kerenskista, urge apretar el acelerador para apurar la marcha hacia la revolución socialista y desprendernos del gobierno contrarrevolucionario (lo que no significa que marchemos en todo momento a la misma velocidad, sino adecuándola a las circunstancias que presente el trayecto).

Otro rasgo del bonapartismo es que, al ser un gobierno reaccionario casi en estado puro, que no se combina ni se apoya en ningún sector popular, se desnuda como el gobierno casi directo del capital financiero. Es decir, en el caso de Portugal, el gobierno de las siete grandes familias. Esto hubiera sido indiscutible en el caso de un triunfo de Spínola. Pero, desde luego, no lo es en el caso del gobierno del MFA, que ha expropiado parcialmente a la oligarquía financiera.

El bonapartismo también es un gobierno de orden, por excelencia. Lo es, precisamente, porque se asienta, no en el parlamento, sino en la burocracia, la policía y el ejército. Pero, para poder asentarse sobre ellos, necesita una policía y un ejército sólidos, disciplinados, dispuestos a ejecutar las órdenes represivas del régimen. En Portugal, se da exactamente lo contrario. La antigua policía política está prácticamente desmantelada. En el ejército reina un estado abiertamente deliberativo. La propia existencia del MFA (una fracción política pública) contribuye objetivamente a dividirlo. En algunas unidades, los soldados deponen a sus jefes y controlan el nombramiento de sus reemplazantes. En otras, se realizan asambleas en las que oficiales, suboficiales y soldados participan en pie de igualdad. Se han dado casos de tropas que se negaron a reprimir manifestaciones.

En semejantes condiciones no hay bonapartismo posible. Y la crisis y desintegración del ejército crece día a día. La única forma de que se establezca un régimen bonapartista es que previamente se reconstruya la disciplina militar. Ese es el objetivo de las tendencias bonapartistas del MFA; los soldados y el movimiento de masas marchan en sentido contrario. Una vez más: hasta que las tendencias bonapartistas no triunfen sobre el movimiento de masas, no podrá haber bonapartismo en Portugal.

No creemos necesario continuar. La definición del gobierno burgués como bonapartista no soporta el menor análisis. No hay dudas, es un gobierno kerenskista con elementos de doble poder, es decir, clásico.